

La cabeza (la cabeza) y los pies (los pies)

Aurora

Índice

La bicicleta / **5**

Corazones Perversos / **11**

Esperando a Libán / **25**

Michelle / **31**

La cabeza (la cabeza) y los pies (los pies) / **49**

La pleamar del gen oscuro y federado / **59**

Quasi una fantasía / **71**

empobrecido entre los componentes del pigmento que han debido aplicarse para hacer de la piel apariencias marmóreas. La humanidad del Director (el señor gordo y elegante) se precipita contra el Dramaturgo (el hombre flaco flaco flaco, con muchas plumas y un paraguas) en comedia silente o más bien, poco silente. Comoquiera que Hardy acogota a Laurel, no sorprende el espíritu de los ayudantes de la brigada constructora que tiene a cargo las reparaciones interminables del teatro: «eh, flaco, dale un ladrillazo».

A manera de *coda*, Yanet y Thérèssè pasan entre los pliegues del telón y hacen las habituales reverencias.

Thérèssè (*sotto voce*): Hija de la gran puta, te quisiste robar el show.

Yanet (*molto vivace*, pero igual *con sordina*): Y tú, vieja decrepita, ya nos veremos en los camerinos.

Se dan las manos y se abrazan. El reflector las toma juntas y el público las ovaciona. ■

La cabeza (la cabeza) y los pies (los pies)

SERGIO CEVEDO SOSA



Ediciones
Unicornio

Edición: Berkis Aguilar Mazola
Corrección: Ana Margarita Valdés Castillo
Emplane: Noel Pérez García
Diseño de cubierta: Noel Pérez García
© Sergio Cevedo
© Sobre la presente edición:
Editorial Unicornio, 2025

ISBN 978-959-218-532-6

Editorial Unicornio
Centro Provincial del Libro y la Literatura de Artemisa
Calle 48 No. 2701 / 27 y 29. Artemisa

Yanet adopta una expresión tan experimentada y tan resuelta que se torna dos veces infantil. Usted se burla, profesora, y no comprende en realidad. Yo la he buscado, la he elegido. Solo temía que al decirle todo lo que le he dicho...

Bueno, ya ves que eso no importa.

Pero eso es justo lo peor, porque ahora usted se va, así y todo, se va y yo no sé cómo explicarle.

No tienes que explicarme nada. Puedes venir, tocar el piano y hasta me harías el favor de cuidarme la casa.

¿Y qué me importa el piano a mí, qué me importa la casa si usted entonces no va a estar?

Théressè se sienta ante el piano y adquiere el aire de una estatua del conjunto escultórico. Yanet ante la estampa sorda e inabordable, desvía la mirada que viene a dar, como atraída, contra el semblante de Beethoven, tan desafortunado en sus afectos, tan tormentoso y repelido, tan incurablemente *Sturm und Drang*.

¿Y cuánto tiempo va a estar por allá?, pregunta desesperanzada.

Pues me imagino un par de años.

Puedo esperar y hasta estudiar, se lo prometo si usted me promete...

Pero se crea la ilusión de que no habrá de percibirse el final de la frase. El piano suena en un crescendo que se apodera de la sala mientras las luces disminuyen, comienzan a perder intensidad y van muriendo poco a poco. El telón lentamente termina por caer redefiniendo los espacios y el propio material escénico:

El utilero alza la voz contra el luminotécnico, el tramoyista riñe al escenógrafo, el responsable del equipo de Efectos Especiales, quien se ha sonado la curdela más espectacular de toda su carrera artística, canta estribillos de boleros, *leitmotives* de Wagner y *tiraeras* escogidas del más selecto reggaetón. Los figurantes contratados para el Grupo Escultórico la emprenden a patadas contra los maquillistas tras cundir el rumor acerca del empleo de uranio

del conjunto escultórico y se desbordan carnaval que abarca todo el escenario:

Kódaly, Liszt y Bela Bartók danzan húngaramente. Chopin le hace una seña lánguida a Paderewski quien al vals del minuto dimi-
tirá la presidencia de Polonia y todavía escribirá amorosa esque-
la a George Sand si no le da por desgarrar los borradores de su *Impromptu* estimándola «plagio involuntario» pues nada más y nada menos que de la *Sonata quasi una fantasía* ante la falta de herra-
mientas para considerarla un «homenaje» o un simple acto más o menos de «apropiación intelectual». Mozart embarra con meren-
gue de los restos del cake a todo el que se le aproxima mientras Beethoven canta *Roll Over Beethoven* en un intento por salvarse de ser encasillado como «clásico».

En honor de la sinfonía *Los Adioses* de Haydn, en la cual los instrumentistas van retirándose uno por uno hasta no quedar rastro de la orquesta, los actores que encarnan a los grandes maestros se reesculturan uno a uno en el grupo escultórico, tras de lo cual vuelven a escena Thérèse y Yanet:

Tienes mucho talento, no puedes descuidarlo así. Y debes estudiar, seguir un régimen más sistemático. Yo te hubiera tomado por mi cuenta y me hubiera hecho cargo...

Pero ahora usted se va.

Me voy, pero hay maestros, muchísimos maestros en caso de que no desees volver de nuevo con La Herrymann.

Con Adelaida es imposible.

¿Pues cómo va a ser imposible? Ella te hizo, te formó ¿Ha oído alguna vez «tu» *Claro de Luna*?

Es que tuvimos mil problemas.

Bueno, no digo yo: La Herrymann, La Herrymann, con ese genio, ese carácter.

No fue Adelaida, profesora. No fue Adelaida, sino yo.

¿La *Flor de Piedra* convertida en *El Ángel Llameante*?

La bicicleta

Por fin te decidiste, sonríe El Doctor y se retira a un lado para dejar libre la puerta.

Bueno..., dice el muchacho.

El Doctor gira la cabeza, echa un vistazo a la fachada del otro apartamento y le conmina vamos, entra.

El muchacho se apresta y hace pasar la bicicleta, tomándola por el manubrio y por el borde del asiento. Evita que ésta roce contra el marco en el instante de franquear la puerta y continúa transportándola con sumo cuidado. Es una bicicleta mejorada, pero muy mejorada, a partir del modelo original: pintura iridiscente con *difuminaciones*, timón recto, guardapiés de ciclista, plato, torre, sistema para el cambio de velocidades. Ya dentro de la sala, el muchacho inspecciona en busca de un lugar donde parquearla hasta que se le ocurre junto al piano pues hay espacio suficiente y no se rayará. Traslada, pues la bicicleta con similares miramientos y El Doctor, admirado, no puede contener una sonrisa.

No tengas pena, dice y le señala con el índice el sofá tapizado de dos plazas mientras cierra la puerta.

El muchacho, ágilmente, con la punta del pie, libera los resortes de la pieza que ha de estabilizar la bicicleta en tres puntos de apoyo. Le echa una última mirada, luego viene y se sienta.

Magnífico ejemplar, observa El Doctor mientras posa su mano sobre uno de los hombros turgentes del muchacho, junto al tirante de la camiseta en tanto que con el pulgar ejerce una minúscula presión.

Yo quería explicarle, dice inquieto el muchacho.

Sí, sí, sonríe El Doctor, pero luego, más tarde. Tenemos mucho tiempo y las cosas requieren un poquito de calma para que salgan como deben. Ahora es mejor un refrigerio, hace tanto calor, ¿no crees?

El Doctor va hacia el fondo por el amplio pasillo. A pesar del calor lleva bata de casa. Esta recuerda una cortina por los colores y el tejido y una sotana por el corte. La apariencia de El Doctor contribuye al efecto: obeso, achaparrado, el abdomen ventrudo, con una tez tan sonrosada y unos ojos azules que brillan tras sus gafas repletos de candor. El muchacho, en la sala, examina los cuadros que adornan las paredes: nada concreto identifica, y se acerca a la urna de las figuritas: muñequitas y tazas como de loza desgastada, tonos descoloridos, copas de vidrio o metálicas de un aspecto anticuado. Pues los adornos de su casa lucen mucho mejor: el tapiz con el tigre en medio de la selva, los jarrones de yeso en colores muy vivos y las flores de plástico de tonos aún más llamativos. No obstante, sabe en los que observa un enorme valor, uno de sus amigos ha insistido, más valor, mucho más de los que se hallan en los muebles o las repisas de su casa. Deja de contemplar las figuritas y se muerde las uñas mientras busca otro objeto de interés. Viejos diplomas cubren una de las paredes y sin tener plena conciencia se abandona a leer las Inscripciones:

LICENCIADO EN DERECHO
CANDIDATO A DOCTOR

en unas
letras que recuerdan la "i" en el uniforme del detestado equipo de los Industriales, hasta que de inmediato se le ocurre que aún está a tiempo todavía: vamos, la bicicleta, abre la puerta, sal, vete corriendo, escapa.

¿Y el asiento «pepino»?

Puedo tocarla de memoria. Es lo único que sé, que he practicado todo el tiempo y creo que domino: es la *Sonata No.14 Opus 27 en Do sostenido menor...*

¿Y por qué no la llamas como todo el mundo?

Usted debe saberlo, profesora.

Thérèssè por el momento se siente confundida. Ha tenido muchas alumnas y las alumnas, por lo general ante una crítica que creen injusta...

Pues bien, muy bien, Beethoven no la llamó así, *pero vox populi, vox dei*.

No se trata de eso, profesora.

¿No?

Thérèssè avanza un par de pasos, toma un cuaderno del estante y regresa con él. Bueno, en fin, aquí está y lo coloca en el atril luego de retirar de su interior y dedicar unas miradas, acaso evocativas, a un par de fotos.

Escena 3

«Es una de las obras que el lenguaje humano no puede calificar» Berlioz [...]
«He escrito obras mejores», Beethoven
Vida de Beethoven. R. Rolland.

Schubert, Strauss, Rachmaninov

Hændel, Slava, Debussy

Mendelssöhn, Stravinski, Czerny

Faya, Scarlatti, Pergolese

Rubinstein, Bach, Schumann

y hasta
incluso las Bes, las Tres Bes de la música, van abriendo sus bocas en despaciosa representación de un sentimiento que transita por el asombro, el embeleso y la incredulidad. Se descongelan las figuras

La muchacha se sienta al piano, elige la Sonata Fácil y la ejecuta con desgano.

Muy bien, muy bien, opina Thérèse, no estarás preparada, pero lo haces muy bien. Tienes muy buena técnica y una digitación de maravillas. Quizás el uso del pedal.

Busca en las encuadernaciones en oscuro y vuelve con un tomo que coloca sobre el pequeño atril del instrumento. A ver, Yanet, toca esta otra que es algo más sencilla, que la conoce todo el mundo y es de las piezas obligadas.

Yanet, más distendida, comienza a interpretar la partitura. No sé, no sé, sentencia Thérèse hacia el final y agrega como hablando para sí: «*B natural, B sharp, oh, but never B flat*».

La muchacha levanta las manos de las teclas, parece a punto de echarse a llorar.

Thérèse continúa: Pero, en fin, a lo que íbamos: para haber dado clases con La Herrymann eres un tanto inexpresiva. «Se natural, propásate, pero nunca te quedes por debajo»: es más o menos lo que significa en inglés ese equívoco. Quizás debes buscar un poco en ti, profundizar dentro de ti, dentro de tu experiencia emocional, que no sé por qué causa me la imagino tormentosa a pesar de tus cortos años; trata de recordar alguna obra que te haya impresionado, conmovido hasta el punto de dejar que sea el alma y no los dedos los que la interpreten.

Yanet muestra un aspecto y un semblante abatidos. Después de unos segundos endereza la espalda y restablece un poco el porte. Deja entrever, también, una nota resuelta en su expresión.

Hay una pieza, profesora, pero no es apropiada.

¿Cómo «no es apropiada»? Puede decirse cualquier cosa de cualquier pieza musical menos que sea o no «apropiada». Dime cuáles, a ver, para buscártela en los libros.

DOCTOR EN CIENCIAS ECONÓMICAS

Son ciento veinte rayas. El puro no te los va a dar: «¿Otra vez? Va por mil, esa cabrona bicicleta me tiene al borde de la ruina».

Incontroladamente realiza una pequeña mueca.

Pero además estoy aquí y es mejor que me quede: esto no puede ser tan malo

PHILOSOPHICAL DOCTOR

todo el mundo lo hace y si no todo el mundo... ¿Y qué puede pasar si no se enteran los demás?

Regresa El Doctor con una bandeja y largos vasos rebosantes de una alegría de hielitos que refrescan los ojos nada más de mirarlos. Le ofrece uno al muchacho y comienza a beber por medio de unos absorbentes.

¿Qué te parece?, le pregunta sentándose a su lado.

Bueno, bueno, riquísimo.

Pero además alimenticio. Me dije: «este muchacho tan desarrollado», lo he preparado expresamente ¿Qué deporte practicas?

¿Yo?, sorbe y se esfuerzan los carrillos, pues, la verdad, ninguno.

¿No me digas?, ¿ninguno?

Lo mío es todo natural.

Pero tu amigo, el del lunar, me ha dicho que haces muchas pesas.

Ah, eso fue hace tiempo.

¿Y ahora?

Algunas veces juego fútbol, pelota o baloncesto.

¿Y cuál es el que más te gusta?

No sé. Soy bueno en todo.

¿Bueno en todo? Te creo: con ese cuerpecito tuyo.

El Doctor lo contempla unos instantes con ojos especulativos.

Pero dime, muchacho, dice al cabo, ¿qué es lo que me querías explicar?

Bueno pues yo, dicen que usted...

No, no, corrige El Doctor, no me trates de usted. Creo que a partir de este momento vamos a ser buenos amigos.

El muchacho procura con leves giros de la mano remover lo que resta en el fondo del vaso. Desecha el absorbente y bebe el último sorbito directamente desde el borde.

Es que yo necesito ciento veinte pesos.

¡Ujuy! aúlla El Doctor y agrega en tono divertido: No se puede decir que seas barato. Pero por esa cantidad, hace un guiño de malicia, hay que hacer muchas cosas, portarse como un hombrecito.

El muchacho comienza a transpirar. El Doctor ejercita una mirada sobre las piernas musculosas. Un rayito de sol incide en los cristales de sus gafas montadas y los hace rielar.

Y dime, por curiosidad, si es que quieres decírmelo (ya que somos amigos) pues ¿para qué los necesitas?

Menudas franjas de sudor nacen de la entrepierna, se extienden hacia las rodillas y humedecen la licra.

Mi hermanita está enferma, comunica el muchacho tratando de adoptar un aire compungido.

El Doctor entornece la mirada y mueve la cabeza de un lado a otro varias veces. Pues eso sí que es una lástima. Lástima, lástima, una lástima. Se le encima al muchacho y agrega en tono conmovido: pero voy a ayudarte.

Se levanta y avanza en dirección al piano. Lo abre, se sienta y ensaya unas escalas. A mí la música me inspira y me ayuda a pensar. Quiero encontrar alguna idea, la mejor forma de ayudarte.

Continúa tocando durante unos compases y de repente deja de tocar ¿Cuánto me pides por tu bicicleta?

Tratar de compensarla un poco.

Bueno, bien, pero ¿sabes?, me asombra todo lo que haces con ese aspecto recogido, esa perseverancia silenciosa, esos aires pacíficos de quien no mata ni una mosca. Eres la Herrymann pero al revés, contigo hay que tener mucho cuidado.

Thérèssè trae más café y lo sirve sin tantas ceremonias.

¿Sigues entonces con «Adela»?

Yanet deniega con un gesto.

¿Pues entonces con quién?

Ahora no estoy tomando clases.

¿Abandonaste el instrumento?

Yanet afirma y niega en sucesión.

Estudio en casa, profesora o voy a casa de otras gentes o aprovecho si encuentro una oportunidad. A veces cuando usted se ha ido, me he sentido tentada a abrir su piano. Pero luego no sé, me parecía poco correcto. Con ocultarle que tocaba ya me sentía bastante incómoda.

Pues bueno, ahí tienes el piano: ya no tendrás por qué ocultarte. Tocarás todo lo que quieras y, es más, estoy ansiosa de escucharte.

¿Pero ahora mismo, profesora?, yo no estoy preparada.

Haz unas cuantas progresiones. Ahí está Czerny y está Slava. Y, por supuesto en el librero tienes bastantes partituras: de Schumann, las *Canciones*; de Scarlatti, los *Esercizi*, y hasta de Pergolese su *Sirvienta [...] ya que te gusta tanto barrer, trapear, fregar, limpiar...*

Es que no estoy acostumbrada. Me es muy difícil, además, tocar delante de las gentes.

¿Ah, sí, pues no me digas? ¡Menuda concertista que tenemos aquí! Mira para esa sala, mira qué lleno nuestro teatro y mira qué impaciente el público.

Es que no puedo, profesora.

Vamos, Yanet, ¿no te parece que, luego de haber sido tan humilde, ahora te estás haciendo de rogar?

Tú eras muy niña todavía, amabas mucho a tu maestra y no podías comprender lo que estabas haciendo. Yo, por mi parte, en buena ley, nunca debí haber aceptado participar de un espectáculo que tenía más de carnaval o de boutade de teatro que de legítima audición artística.

Pero Adelaida sí quería, Adelaida quería, estaba muy entusiasmada.

Adelaida, tú sabes, con ese genio, ese carácter. Se gana muchos enemigos, se cierra muchas puertas. A lo mejor llevaba tiempo sin conseguir ningún contrato, pero yo ¿qué necesidad tenía?, de veras, ¿qué necesidad tenía?, ¿ganar más fama, más notoriedad?

Usted no las necesitaba...

Eso lo entiendo solo ahora. Era un deseo de sobresalir: un poco de reafirmación, otro poco de envidia.

¿Usted está diciendo entonces... usted admite, reconoce... que envidiaba a Adelaida?

Thérèssè desvía la mirada, la posa en Liszt junto a Chopin, después en Kodály y en Bartók y al final sobre Händel quien, desde su acomodo en el conjunto, parece medirse con Bach. En realidad, no estoy segura: tal vez no fuera nada personal ni tampoco consciente. A veces pienso que los integrantes de una generación se sienten obligados a envidiarse entre sí en alguna medida: celos, rivalidades que impulsan desde adentro la propia creación. Pero bueno, muchacha, ahora que ya te vas calmando, hablemos de las cosas que nos interesan. Tomaste clases con La Herrymann, así que debes de tocar muy bien el piano.

Bueno, no tanto, profesora.

Por Dios, llámame Thérèssè, pero ¿por qué tenías que ocultármelo?

Si se lo hubiese dicho, profe...Thérèssè, usted nunca me hubiera permitido...

¿Fregar, barrer, trapear, limpiar?

Pega un brinco el muchacho.

Te doy tres mil quinientos pesos.

No, no, yo no la vendo.

Ah, ¿no?, El Doctor cierra el piano y vuelve al lado del muchacho: ¿no la vendes si quiera para salvar a tu hermanita?

El muchacho se agita, ¿por qué no vamos y salimos de todo esto y ya?

El Doctor se levanta, le clava una mirada especialmente bondadosa, le toma de la mano y le obliga a pararse.

Pues, bueno chico, haces muy bien, dice mientras da un paso. Yo en tu lugar haría lo mismo. Lo que se aprecia no se vende. Lo que se vende no se aprecia. Pero cambia esa cara, guía al muchacho de la mano, porque esto no es ningún velorio. ¿Ves?, ahora está mejor, muy bien, muy bien: te queda chula esa sonrisa, entran en una habitación, ¿así que tú eres bueno en todo?, el muchacho tropieza, ¿bueno en todo?, vacila. Vamos a comprobar enseguidita si lo que dices es verdad. ■

Roberto, ¿tú me amas?

Estoy loco por ti.

¿Y a ella?

No aguanto más. Cada vez la soporto menos.

Ay, Roberto, Roberto: qué feliz tú me haces cuando te escucho decir eso.

Yo en cambio solo puedo ser feliz cuando te tengo entre mis brazos. Tanto, que hasta lo gritaría a los cuatro vientos.

No, por favor, Roberto: no lo hagas. Te perjudicaría, nos perjudicaría. Es mejor que sea así: un amor prohibido, ignorado, secreto.

Tienes razón, mi amor: el mundo no lo entendería.

Roberto: yo te amo a pesar de la incompreensión del mundo.

Yo te amo mucho más y no me importa nada el mundo. Doy la vida por ti.

Pues bien, para empezar. Este trozo de diálogo que parece extraído de alguna megalítica novela de la radio, de un inclemente melodrama de esos que escuchan con arrobos tantas amas de casa entre las que se cuenta Ana, corresponde en esencia y obviando los retoques a los pronunciamientos de una conversación real. Por otra parte constituye una muestra del uso de la expresión y del lenguaje que el autor ha escogido para tratar sus personajes en la radionovela más flamante y con más alto rating de los últimos tiempos (y con ustedes, en el aire):

Corazones Perversos

concertista Terencia Valdés...» Yo no entendía nada de nada y luego me sentí bastante extraña al observar a otra mujer recibir los aplausos y sentarse ante el piano siempre seguida por el reflector. Después vino la parte en que se iba formando la montaña: poquito a poco, despacito, y ya no pude aguantar más. Me levanté de la butaca, salí corriendo de la sala y comencé a buscar a Adela por todo el teatro. Subí y bajé unas escaleras y vine a dar al escenario por la parte de atrás. Desde allí la pianista, aunque ya estaba bien arriba, no parecía estar tocando en ninguna montaña. Sin embargo, las luces se me antojaron misteriosas y me acordé de las palabras del señor gordo y elegante, no de las últimas, incomprensibles, sino de las que entonces me quedaban muy claras: «de las luces depende todo el espectáculo, de las luces depende todo el espectáculo».

Era precisamente el señor gordo quien no había permitido tocar a mi maestra: voy a echarle a perder el espectáculo. Fui a donde la cajita de las luces y bajé una teclita, pero no ocurrió nada. Bajé otra y nada, nada. Cuando me disponía a bajar las restantes, escuché que alguien se acercaba y corrí a toda prisa. Después de dar algunas vueltas vine a salir por una entrada. Llegaban gentes como locas desde la sala de conciertos. Adela apareció: ¿a dónde fuiste, en dónde te metiste, por qué no me esperaste como te dije, en tu butaca? Yo no atinaba a responderle, me daba cuenta que algo malo debía estar sucediendo. Algo malo, muy malo. Luego ella misma me contó: la plataforma había caído, precipitado de un tirón; el choque brusco contra el suelo hizo cerrar la tapa al piano y ésta cayó sobre sus manos, sus propias manos, profesora, ya de por sí bien delicadas.

Escena 2

Bueno, en fin, de verdad, ¿qué pudiera decirte? Ya no tiene remedio, así que deja de llorar.

Yo no hubiera querido hacerle daño.

saberlo: yo soy la responsable de todo lo que a usted le pasa. Soy la única culpable. Permítame explicárselo, permítame explicárselo.

Tercer Acto

Escena 1

Cuando volvimos por la noche, Adela me dejó en una butaca: siéntate aquí, pórtate bien y espérame. Y luego me besó y yo pensé en el hombre niño que se trepaba como un gato y en el hombre muy flaco, con muchas plumas y un paraguas, el que me hacía el sube y baja, y en el señor muy gordo y elegante, en el señor muy gordo y elegante, sobre todo.

Así que entonces Adelaida... ¿tú eres familia de Adelaida?

No, profesora, no: ella era solo mi maestra.

Pero le habías tomado afecto.

Ella era, profesora, como mi mamá.

Y por eso pensaba en el señor muy gordo, en el señor muy gordo y elegante que discutía con Adela. Observé que el teatro estaba ya lleno de gentes. Junto a mi asiento una señora se quejaba a un señor: hace rato debían haber empezado, se han retrasado treinta y dos minutos. Yo comenzaba a preocuparme cuando, de pronto, el señor gordo y todavía más elegante salió detrás de las cortinas, se ajustó algo en el cuello y se puso derecho como para cantar el himno:

«Distinguidas doncellas y respetables caballeros: la voz decana de este odeón, sede sitial del ars de Orfeo, Erato y Euterpe, les ofrece disculpas por la aventura sigilosa de un Cronos tardo en el albur de un reemplazo de musas, *ancianas aves que en el cuello muestran corona tras corona*, como dijo el poeta, el excelso poeta, el gran poeta. La portentosa ejecutante Risha Adelaida Herryman, doliente de una súbita jaqueca concede su elevado trono a la que ya ha adquirido su definición mejor, la no menos virtuosa e iluminada

En realidad he sido injusto al restringir la radio audiencia al limitado panorama de las «amas de casa» cuando debí de haberme referido a «todo el mundo», porque parece ser que «todo el mundo» se halla pendiente día tras día de la dichosa novelita, que no solo se escucha en el hogar o en ciertos puestos de trabajo donde resulta tradición el empleo exclusivo de mujeres sino en todos los centros, institutos y fábricas, y hasta donde yo sé, la escuchan inclusive unos reclutas a espaldas del sargento y hasta el sargento mismo, cada cual por su parte, dentro de La unidad.

Ana se muestra complacida cuando nos tropezamos en la calle y encuentra la oportunidad de comentarme los eventos, las incidencias, las locuras, los frenéticos desvaríos del último capítulo. Se ve magnífica y radiante como cuando era jovencita. Dice que *Corazones* le ha impuesto un régimen de trances y emotivos trastornos, que llora y sufre como nunca había tenido la oportunidad. Lo único que lamenta es que el autor, y pronuncia «el autor» con significativo énfasis, haya elegido el nombre suyo para denominar al personaje que con mayor rabia detesta. Quién me lo iba a decir, ríe con un asomo de coquetería, yo convertida en una bruja frustrante y desequilibrada, quién lo podía imaginar, yo que llegué a pensar *que todavía me querían*. Entonces yo le guiño un ojo y suscribo su risa porque, efectivamente, Ana resulta una figura de lo más redomada, aunque no tanto como Mario, quien carece de escrúpulos, impulsa casi todas las intrigas y es la perfidia y la doblez hechas persona.

Contemplar que Ana ríe y que desborda de entusiasmo me produce a mi vez una maligna complacencia. He conseguido ser para ella una especie de ídolo, como nunca lo fui, como me habría gustado haberlo sido algunos años antes. Aprovecho su estima y me complazco en preguntarle por Roberto. Me dice: igual que en la novela y su respuesta me procura una alegría malévolamente.

El Director Artístico rechazó varias veces el libreto. Es un compendio, dijo, de todas las cursilerías, un culebrón infame y truculento, en el peor estilo de Félix B. Caignet. ¿Y qué aporta de nuevo? ¿Un triángulo amoroso?, pues bueno, vaya novedad. Y luego a mis espaldas, cuando me había marchado del Consejo: Así que «Corazón Perverso». No sé si el corazón, pero lo que si tiene este individuo perverso es el cerebro. Una salva de risas a costa del autor. Se refería, naturalmente, a mí.

Pues, en efecto, *Corazones...*, tal como opina el Director, es un compendio de cursilería y un culebrón infame y truculento: eso es una verdad. Y esta es otra verdad: aunque no muy distintos de otros infames, truculentos y llenos de cursilerías que él se ha dignado a autorizar. Ciertamente el Director tiene también sus directores. Nadie, por otra parte, suele arriesgarse ante sus jefes por simple amor a la verdad, sin un motivo consistente o avizorar una ventaja. Y esto es otra verdad: a no ser que esté loco. Los locos y los directores son enemigos naturales dada la oposición estrictamente lógica de sus pecados. Los locos pecan de locura y eso es una verdad trivial. Yo presenté el libreto al Director y pretendí que lo aceptase. No resultó: pequé de loco, los directores siempre pecan de cordura.

Aun cuando no se llame Mario, el Director Artístico me ha ido sirviendo, sin embargo, como modelo y referencia para animar al personaje. Lo curioso consiste en que entre tantos nombres propios haya escogido el propio mío para denominarlo. ¿Es que esto significa algo? Siempre me había llamado la atención la relativa escrupulosidad de los autores a involucrar en sus creaciones personajes homónimos. Si en los retiros más oscuros de mis motivaciones, diferenciados de esos otros de donde extraigo los pretextos con que obstruyo, adormezco o complazco mi conciencia, se agazapaba algún deseo de descubrir aunque ocultando los rasgos más característicos de mi personalidad, debo reconocer que he fracasado: nadie

de pronto, me pareció que me perdía dentro del escenario fabuloso de algún cuento de hadas, algo que me catapultaba por sobre los principios de la realidad, burlándola de un modo quizás algo ridículo, pero igual, placentero y no obstante sujeto a una arraigada consistencia en la que yo pasaba a ser un Mozart o mejor un Beethoven (no ignorarás que el propio padre, emulando al del otro, lo sometía a similar explotación) y tú una especie de señora, o más bien señorita, digamos Giulietta Guicciardi. Mi trajinado Bosendorfer se convertía en un piano de cola, blanco como el de Liszt en la corte del Zar y esta sala se transformaba en una cámara suntuosa del palacio de Schönbrunn. Mis manos eran las de Paderewski, capaces de abarcar octava y media y un auditorio me escuchaba, el alma en vilo, suspendida de las agujas de una catedral. Sin embargo, la pieza, la melodía que interpretaba, me era a la vez desconocida. Quizás correspondiera al primer hálito de Dios en el momento de su epifanía o a ese suspiro original que debió de inspirarle a componer el universo.

Thérèse bebe su café, sonríe y continúa: Pero basta de chacharas, de juegos de imaginación, de fantasiosos desatinos y retornemos a la realidad ¿Debería disculparte por inducirme tal ensueño, por tu interés en procurarme una afectuosa compañía o por tu celo en asumir mis tareas domésticas? Para mí está muy claro que no se trata de excusar, sino más bien de agradecer; así que, en vez de pretender una disculpa innecesaria, ¿no vendría a ser mejor que me hables algo sobre ti, me ayudes a entenderte y no digo a quererte porque eso ya lo has conseguido?

Yanet extiende el brazo con la taza vacía para depositarla en la mesita. El temblor de su mano resulta perceptible y más aún el de su voz cuando tras un instante dice: Usted no entiende, profesora, usted no entiende, de verdad. No se trata tan solo de mi exabrupto el otro día. Pero ahora usted se marcha a Europa y creo que debe

muchacha, de verdad, que debe conocer mucho a La Herryman, luego, al tratar de imaginarme las relaciones entre ustedes, se me hizo claro, por contraste, que no sabía nada de ti.

Thérèssè repleta un par de tazas, ofrece una a Yanet y se acomoda junto a ella. Me esforcé, por supuesto, en precisar lo que sabía, lo poco que te conocía. Hay que empezar por el principio, razoné y me vino a la mente la primera vez, aquella en que creyéndote una nueva alumna, pues comencé con las preguntas que se suelen hacer a las nuevas alumnas: Dime, a ver, ¿quién te envía?, ¿de quién has recibido clases?, ¿en qué conservatorio, qué nivel? y a todo ello respondías enarbolando esa sonrisa, una sonrisa que no ríe ni siquiera sonríe y que parece embarazada, mentecata o estúpida y me temí esta muchachita, esta muchacha demasiado tímida: ¿no será muda o retardada?, ¿no será como aquella que me enviaron una vez? Pero, como si adivinaras, abandonaste tu silencio y te lo juro, jovencita, en ese instante disfruté tu voz: Sé que es extraño, profesora, dijiste, lo recuerdo, lo tengo bien grabado en la memoria, sé que es extraño, de verdad, pero no vengo a tomar clases, solo quiero que usted me permita venir de cuando en cuando, acomodarme en algún sitio y escucharla tocar. Nunca me había ocurrido nada semejante y hasta experimenté, por qué negarlo, una instintiva desconfianza. Pero una tiene sus debilidades, su vanidad o su amor propio y se trataba de algo tan halagador.

Sí que tu petición es rara: ¿pudieras darme algún motivo?, siempre he asistido a sus conciertos, pero es que, a ver, ¿cómo te llamas? y me hizo gracia aquel candor con el que pronunciaste tu nombre completo, pues bien, Yanet, entonces sabes que ya no doy ningún concierto, ya lo sé, profesora y lo lamento, es una lástima; pero será, cómo decirle, será oír música de cámara, como los grandes de otros tiempos: será un gran privilegio, profesora, será un inmenso privilegio. Debo haber sonreído porque recuerdo que,

me reconoce; parece algo difícil conseguir resultados cuando el sujeto es a la vez objeto de sí mismo, en especial si es copartícipe de alguna contingencia en la cual se deslizan simultáneos expectativa y percepción. Así que al Director Artístico quizás le asista la razón cuando me juzga poseedor de un cerebro perverso. Pero las cosas van cambiando: ahora, en virtud del rating, me da constantes palmaditas en los hombros y no puedo dejar de contrastarlo con los temores de Roberto.

Lleva una doble vida y tengo la sospecha acerca de con quién me engaña.

Tranquilízate, Ana: estás muy excitada.

Pero cómo no estarlo ¿De qué crees que estoy hecha? ¿De metal?, ¿de madera?

Por supuesto que no, pero en definitiva no tienes más que una sospecha. Mira, ¿qué te parece esta pecera que traje expresamente de mi último viaje al Paraná? ¿Nunca has oído hablar de los milagros de la cura del agua? Contempla, Anita, el claro azul, observa a todos esos escalares, goldfishes, colisables, a esas simpáticas pirañas, tan candorosas y siempre tan escarnecidas: cuántos peces diversos y sin embargo todos ellos nadando en comunión, entremezclados, distendidos, lejos de cualquier odio o malsana soberbia dentro de un universo de aguas tranquilas, cristalinas. ¿No sientes un impulso de sosiego, de una gracia serena, cómo desaparecen las angustias, las iras, el furor, para dar paso a un sentimiento de alegría y de dicha y en el buen ánimo del perdón?

Mario: ¿te has vuelto loco o pretendes burlarte? Deja de hablar de necedades y dime lo que sabes. Sé que lo sabes todo, yo solo quiero el nombre. Dime, dime su nombre. No me irá sin saberlo.

Pequeña Ana, inquieta Ana, ¿quieres comer algo de pan?

Ahórrate todo eso, Mario: no necesito de tu compasión.

Bueno, si no la necesitas tú, la necesitarán otras personas. Sobran precisamente esas personas en este mundo cruel y despiadado, este valle de lágrimas.

Tienes razón, mucha razón. La necesitará, la necesita. Porque ha llegado mi momento. Seré terrible en mi venganza.

Bien, ¿a qué te refieres, Ana?

Voy a hundir a Roberto.

No en mi pecera, por su puesto.

¿Cómo no en tu pecera? ¿Insistes en burlarte?

Por Dios, Ana, por Dios: eso es tan solo una metáfora.

¿Una metáfora? ¿Qué es eso?

A ver, cómo te explico. Si tú dijeras que los pececitos... ejem, los pececitos, o este pan... bueno olvídale, que no tiene importancia. Y olvida igual tu sueño de venganza. No lo realizarás, no lo harás.

¿Qué no lo haré?, ¿qué no lo haré? Pues dime tú, ¿quién me lo impide?

El único que tiene poder y voluntad para impedírtelo.

Si te refieres al Señor...

Me refiero a mí mismo.

¿Tú, Mario, tú? Creí que eras mi amigo.

Lo soy. Por eso te aconsejo que te tranquilices. Observa fijo al agua azul. Ríete de los peces de colores. Come un trozo de pan. Contempla a esas medusas perezosas, como de gelatina, que parecen bailar un vals ingravido, libres de todo desenfreno y de todo rencor.

No sé, Mario, no sé, por un instante me convences. Pero, por otra parte: es tan viva mi rabia, es tan fuerte mi encono, es tan grande mi amor.

Ya ves, hablas de amor en lugar de venganza. Se ha operado el milagro de la cura del agua y ya no necesitas conocer ningún nombre: la paz está contigo.

debe simular quien además se ha de encargar de su propia presentación, se aboca al escenario y anuncia a teatro repleto:

Y ahora tendré el placer de interpretarles una pieza arqueológica de la era Lennon & McCartney: muy posterior a la Edad Antigua, muy posterior a la Edad Media, pero por sobre todo, muy anterior al Presidente Obama: Querido público, distinguido público, ¿les suena *Ébano y Marfil*?

Escena 3

Si me permites un segundo, preparo un poco de café o de té: ¿cuál de los dos prefieres? No se moleste, profesora: solo he venido para disculparme.

Se han efectuado algunos cambios. Faltan adornos y cosas menudas, pero también

ciertos objetos de dimensiones tan considerables como el televisor. Por el contrario, el rincón del piano y los maestros del grupo escultórico parece igual que de costumbre.

Tengo que confesarte, explica Thérèse mientras zafa el vaso de la cafetera, que me sentí un poco humillada. Luego entendí que una muchacha con una inclinación tan entusiasta y tan ferviente por la música, no podía dejar de reaccionar así. Sin embargo, me dije, pero ella sabe que, aunque quiera, nunca podría volver a tocar como antes; tiene que haber otro motivo, debe existir otra razón, lo cual me hacía remontarme, sin poder evitarlo, hacia La Herryman: esa

Estoy sentado en el hall, hay un entreacto en el concierto [...] Lezama me conmina a “salir afuera” Me levanto maquinalmente Una vez en la calle comienza a increparme al mismo tiempo que lleva sus manos a mi cuello. No sé qué hacer; ignoro las reglas del boxeo; estoy por echarme en el suelo, como en la niñez. Pero Lezama me tiene agarrado. Me río, digo palabras confusas. Entretanto, un coro de negritos dice: ieh, flaco (por supuesto, se refieren a mí), dale un ladrillazo!” Op. cit.

en un surf sobre el *Vals de las Olas* (pero eso es música de caba-
litos) y moderando hacia el Nocturno No. 52 (pero eso es música
para vegetarianos) y el *Liebestraume* (pero eso es música de psi-
coanalistas) y en seis por ocho *La Comparsa* (pero eso es música de
diletantes) y a *capriccio* pues *Puente sobre el Río Kwai* (pero eso es
música imperialista) y *sostenuto* a *La Bayamesa* (pero eso es música
de retreta) y *ritardando* a *Rhapsody in Blue* (pero eso es música cha-
tarra) y en compás libre a *Streptomycin* (pero eso es música para
literatos) y sin compás a *Three Quarks 4 mU²³⁸ster Mark* (pero eso sí
que ya se pasa de terrorismo musical)...

¡Adela nunca lo habría hecho!, grita de pronto enardecida.

¿Adela?, pifia un arpegio Thérèse.

Adela, El Hombre Jarro, La Pianista de Hierro, La Thatcher
del Teclado, como le dicen a su espalda las concertistas envidiosas.

¿Pero conoces a La Herryman?, falla otra vez el piano.

¡Adela nunca tocaría esas cosas, nunca habría transigido con
esas bagatelas: ¡ni por la Torre Eiffel ni por La Ópera, por nada!

Thérèse deja de tocar: pero, muchacha, ¿qué te pasa? Yanet
se eleva de la silla, Adela es una artista, grita mientras se aleja. Adela
es una gran artista, es una verdadera concertista ¡A pesar de su mal
carácter!

Thérèse, que le ha ido detrás, desiste de seguirla. Vuelve de
nuevo al instrumento, pero antes a otra copa de Viognier. Al cabo
de cinco o seis más, los integrantes del grupo escultórico comienzan
a agitarse: mueven cabezas de Hidra, tentáculos de Medusa y hasta
Beethoven, paradójico en su falta de tacto, lanza una *heroica*, aunque
patética protesta contra los teclados que buscan ser solo cortinas. La
profesora deja de tocar, intenta desmontar a Salvador Dalí y hala que
hala hasta que cae. Es *un señor muy viejo con bigotes enormes*. Alza
la copa una vez más y se atavía con *La Piel de un piano encontrada en
la Playa*. Engalanada para su concierto y con el dejo de fastidio que

¿Paz?, ¿dices paz?, pues te equivocas. Quiero su nombre,
Mario. Quiero su nombre y ahora mismo.

No puede ser, no puede ser.

Si puede ser y tú me lo dirás.

Que no.

Que sí.

Que no.

Que sí o ahora verás.

Ana, ¡por Dios! ¿te has vuelto loca? ¿Qué vas a hacer con ese
hacha?

A qué no lo adivinas.

A la pecera no. Ten compasión. Por Dios, ¡suelta esa hacha!

A la pecera, a la pecera. La haré pedazos, la haré añicos, y
luego despanzurraré a los pececitos, los haré una metáfora.

Suelta esa hacha, Ana: ¡te lo ordeno!

Bueno. Dime su nombre.

Te lo ruego, por Dios: suelta esa hacha.

Dime su nombre.

No. No puedo.

¿No? Pues a la una...

Ana, por Dios, ¡el hacha!

A la una, a las dos ¡Dime su nombre!

Está bien, está bien: te lo diré. Pero, por Dios, suelta esa hacha.

Primero dime quién.

¿No sabes?, ¿no lo sabes?, ¿de verdad no lo sabes?

¿Quién?

María.

Ana se sorprendió, Mario también y también yo. Porque has-
ta ese momento María no figuraba en el libreto.

Bueno, esas cosas pasan. El autor necesita solucionar algún percance, atar un cabo suelto e inventa a la carrera un personaje. También inventa símbolos: el hacha y la pecera.

El hacha representa la indispensable carga de violencia que late hasta en el más tierno diálogo. Y por su aparición improvisada, determinante e intempestiva, alude a los recursos del Deus ex Machina de la Comedia Antigua Griega.

La pecera se explica por sí misma. Conviene en estilización de la pantalla panorámica del equipazo de TV 96 pulgadas en la casa del Director Artístico, a quien le debe tanto Mario. Luego los pecesitos amenazados de metáforas y el pan que deglutía el personaje referirían a la parábola cristiana, complementando cierto ambiente bíblico que hacen bien discernibles la invocación constante de El Señor y la del propio nombre de María en un intento por mostrar o señalar la índole mística, milenaria y ritual inherente a la esencia de las radionovelas.

Como ven, como acabo de admitir, María surgió del aire. Surgió del aire y para el aire (pues con ustedes, en el aire...) y es tan aérea, tan etérea, que en realidad no existe. No en realidad sino en La Realidad.

Ana y Roberto, por ejemplo, existen en La Realidad, residen en La Realidad aparte de sus respectivas residencias en el texto. O mejor, en los textos, porque existen dos textos considerables por lo menos en el sentido más textual:

1. El que da origen al libreto de la radionovela intitulada *Corazones Perversos*
2. El que da origen a la narración homónima

y así coexisten, si-

multáneos, tres entidades Ana, tres Roberto:

1. Ana y Roberto, reales.
2. Ana y Roberto, personajes de la radionovela.

necesitaba. Se nota con mucho entusiasmo y ahora me dice por teléfono que le prepare mi dossier.

Extrae de la vitrina, cristalería tallada en cuarzo y una botella muy panzuda de un Viognier mientras entona unos fraseos de *Amorous*. Yanet odia instintivamente a Ádamo (de pasada a John Carter, el saxofonista) y rechaza el convite con un gesto. Bueno, tienes razón, decide Thérèse escanciando con urbanidad, después de todo no quisiera justificar los comentarios de las profesoras que se dedican a embriagar a sus pupilas. Así que, a falta de una amiga, haré el chinchín conmigo misma: «A tu salud, *mon petit femme*», tintineos de Bohemia, «a tu salud, *mon professeure*», reproduce como una actriz la timidez de la muchacha y paladea, ojos en blanco, los contenidos de ambas copas.

Yanet entiende que es ridículo permanecer sin decir nada:

¿Y cómo qué va a trabajar?

Seré una especie de asesora. Y en cuanto al instrumento, cosas más bien elementales. Pero eso de vivir en Passy, a unos minutos de La Ópera y casi a un par de pasos, como quien dice, de la Tour Eiffel, ¿no te parece fascinante?

Esta vez Thérèse sirve solo una de las copas, se sienta al piano y realiza unos preliminares. Después toca el comienzo del *Rondó Alla Turca* (pero no el de Amadeus sino el del turco Fazil Say) y modulando, pasa a Mendelssohn, al *grazioso allegretto* de su *Canción de Primavera*. Serán cosas así, sonríe a Yanet, cosas sencillas y joviales, nada por el estilo de aquel espeluznante Estudio 11, ya sabes, el de Rubinstein, sus terribles octavas y sus acordes temperamentales; nada de bemolizaciones ni grados de dificultad, nada de música atonal, polifonías caprichosas ni sordidez dodecafónica.

Yanet la observa, horrorizada, iniciar los compases del *Chiribiribin* (pero eso es música de Disneylandia) y *acelerando* ir

brava, muy brava: ya lo veremos esta noche. Y luego nos sentamos a tomar un helado, pero ella no quería ni probar el suyo. No hacía más que amenazar y que decir cosas horribles de montones de gentes, yo no sabía cómo calmarla. Entonces, para que su helado no se derritiera y no fuera a ponerse más brava, brava de verdad, y porque a mí, además, me gustan mucho los helados, pues me comí el suyo también.

Escena 2

Mientras Thérèssè conversa por teléfono, aprovecha Yanet para desempolvar los grandes libros con encuadernaciones en oscuro. Ahora contempla las fotografías que cayeron al suelo mientras manipulaba uno de ellos. Están tomadas a distancia y la primera muestra a una pianista bajo el cono de luz de un reflector. En la segunda, la pianista se eleva sobre el escenario, el cono ha desaparecido y son las luces ambientales las que acentúan el efecto de que la música se vierte, rueda en cascada y se desgrana desde la cúspide de una montaña. Cuando escucha que cuelgan el teléfono, reintegra las fotografías a su anterior colocación entre las páginas pautadas y vuelve el libro a su lugar.

Bueno Yanet, te diré algo: hoy para mí es un día especial.

¿Y por qué, profesora?

Porque por fin me dieron el contrato.

Thérèssè exhibe la alegría de un *Danubio* de Strauss, Yanet el desamparo del rostro sordo de Beethoven.

Bueno, qué, ¿no te alegras?

Me alegro mucho, profesora.

Pues has puesto una cara.

Yo tenía el temor, explica Thérèssè de inmediato, a no ser elegida, éramos varias candidatas, pero el Señor Roustand registró en los archivos, oyó mis grabaciones y estimó que yo era lo que

3. Ana y Roberto, personajes de esta narración.

Yo, por ejemplo, solo existo en la Realidad (gracias a Dios) y en el relato. Pero no existo como personaje de la radionovela. Lo mismo el Director Artístico, pero sin a Dios gracias.

Mario, el caso recíproco, si bien existe en La Realidad y existe en la radionovela, no existe como personaje propio del relato sino como dispositivo de este al incluir fragmentos del libreto. Si tienen la delicadeza de examinar de nuevo atrás, comprobarán que Mario opera no más que como un rótulo, un titular, una etiqueta que custodia un conjunto de datos o la designación de un narrador en primera persona: yo.

María, por su parte, no existe ni en La Realidad ni como personaje del relato y ni siquiera consta en el reparto de la radionovela. Resulta significativo el nombre de este personaje, entregado a la luz o *dado al aire* según «una necesidad más que dramática», esto es: surgida de unas circunstancias exteriores al texto y que lo modifican o crean tirantez dentro de él. Y es significativo también que sea Mario quien mencione a María por primera vez. El autor ha asistido a la derivación de un personaje, dispuesto en un principio a completar el triángulo amoroso y luego se le ha hecho más difícil mantenerlo en su rol. En cambio, Mario se prestaba cada vez con más fuerza para oponerse a Ana durante los vaivenes de la trama y completar el entrevistado triángulo amoroso.

Se vislumbraba, sin embargo, una vaga objeción, un pequeño detalle. Para que todo se aviniera, para que todo funcionara, Mario debía de ser mujer, ¡tendría que ser una mujer!, si no imaginense la cara del Director Artístico, el horror de sus superiores, los comentarios de pasillo, la crítica en los medios (de por sí tan conservadores), en fin. Ahora, por muy arbitrario, infame y truculento que se ofreciera mi libreto, se hacía imposible a esas alturas cambiar mediante cirugía el sexo a Mario, de un capítulo a otro.

Y no precisamente por el temor de perder rating, porque éste, lo sospecho, antes que decaer, más bien se habría remontado hasta los mismos cielos, sino por las implicaciones fastidiosas de desechar todo el trabajo y tener que escribir un libreto nuevo.

Por todas estas consideraciones, siempre «más que dramáticas» ha surgido María. Pero como María no constituye un personaje propio del relato, la dejaremos en el aire y fuera del relato, este relato, para siempre, y en cambio nos ocuparemos aun de forma somera de quienes sí pertenecemos: Ana, el Director Artístico (un formidable secundario) y, por supuesto, Mario/Yo. Porque en La Realidad también ocurre un triángulo amoroso, e incluso más interesante que el referido en la radionovela.

Conocí a Ana hace más de veinte años, cuando estudiábamos en secundaria. Me enamoré como un imbécil, pero sin oportunidad. Constantemente me alentaba, pero después me repelía y me advertía «más adelante» y luego me encontraba con que favorecía a otros. Roberto, por su parte, formaba parte de mi escuadra en el Servicio Militar y la casualidad nos ubicó en literas contiguas. Aunque no descubrimos muchas afinidades, la cercanía nos aproximaba. Nos convertimos en amigos de esos que a todas horas andan juntos. Solo nos separábamos cuando salíamos de pase y él regresaba a su provincia. El aspiraba a *reenganchar* e ingresar en la Escuela de Cadetes; yo no tenía un plan preciso, pero le comentaba de mi afición hacia la radio. Comencé a revelarle mis pasiones por Ana y él a admirar la intensidad y la constancia que prestigiaban mis empeños: ¿cuándo se la iba a presentar?, ¿cuándo la habría de conocer? Suspica y celoso, yo nunca se la presenté. Al cabo de dos años, él optó, decidido, por la Academia Militar, yo obtuve mi licencia y no nos vimos nunca más.

Hasta hace algunos meses cuando me lo topé de bocas en la calle conduciendo del brazo a una mujer.

Adelaida Herrymann; supongo que conoces, que sabes de quién hablo.

Yanet muestra un semblante más pálido que el de Beethoven aun cuando Thérèse no lo nota. Pues si no quieres estudiar, tomar clases conmigo, te puedo enviar con ella. O con otra maestra, porque si soy yo quien te recomienda... termina de ponerse las sandalias.

Le dice a todo el mundo, continúa diciendo Thérèse, que yo buscaba suplantarla y por lo tanto lo ocurrido no fue más que una especie de castigo divino: tres falanges partidas por la tapa de un piano y adiós a toda mi carrera artística. Si existiesen motivos para guardar algún rencor, no sería ella si no yo quien debería de guardárselo. Pero La Herrymann, La Herrymann, con ese genio, ese carácter. Tendremos que enviarte con otra maestra. Es una lástima que desperdicies los dones que posees.

Acto Segundo

Escena 1

De las luces depende todo el espectáculo, dijo el señor muy gordo y elegante una y bastantes veces y el hombre flaco flaco flaco, con muchas plumas y un paraguas, el que me hacía el

sube y baja, fue a la cajita en la pared y movió unas teclitas. Entonces se encendieron luces blancas y rojas y luego azules y amarillas y luego los demás colores y era como con mis crayolas cuando pinto en mi libro para colorear. Después oí voces altísimas: Adela estaba discutiendo con el señor gordo, elegante y hacía unos gestos tan exagerados como cuando hace la parodia de Carmina Burana. Me agarró por la mano y caminamos muy aprisa pero antes de salir, volvió a virarse a donde estaba el señor gordo y elegante y le gritó

No sé yo por qué salió Brahms a relucir en la conversación. Yo dije esta pavada; "Brahms es la reducción musical de una partitura que se llama Beethoven" y Macedonio dijo arrastrando las palabras: "Eso es, Brahmstoven, casi nada ha faltado para que fuera directamente Beethoven."*

terraza y pasa la bayeta al piano. En el momento de empezar con la limpieza del *toilette*, escucha el tune del teléfono. Hola, sí, ésta es la casa, pero la profesora no se encuentra, ¿quiere probar más tarde o prefiere dejarle algún mensaje?

Poco después regresa Thérèssè: ¿hubo alguna llamada? Hubo una, profesora, pero no del señor Roustand. Quizás aún es muy temprano, observa Thérèssè mientras lanza una discreta ojeada a su reloj y también al Big Ben de péndulo que un escenógrafo encontró «en demasía escenográfico». Extiende al cabo su inspección al ámbito que la rodea:

¿Pero has vuelto a limpiar?, ¿has baldeado otra vez toda la casa? Solo te dije que quería que me esperases un segundo y si llamaban por teléfono... Desaparece tras otra cortina (esta no «de teclado») pero vuelve enseguida, sandalias en la mano. De verdad no lo entiendo, no entiendo, no te entiendo.

Me gusta hacerlo, profesora.

Ah, ¿sí?, pues mira tú: Eres la única muchacha que se desvive por barrer, limpiar, trapear y sacudir. Tengo las manos afectadas, pero no soy ninguna inválida.

Disculpe, profesora, yo no he querido que usted piense eso.

Me imagino que no, así que no te estoy riñendo. En cambio ¿puedes explicarme por qué me llamas «profesora»? Se saca uno de los zapatos y lo reemplaza por una sandalia ¿No quieres estudiar?, pues bien, muy bien, lo entiendo: ¿qué pueden ser esas sandeces de tener vocación, un oído excelente y unas manos magníficas? ¿Existe algo más absurdo que producir tontos sonidos, bullas insustanciales, extravagantes ruidos: qué otra cosa es la música?

Pero, Dios mío, profesora.

Tienes, Yanet, la edad perfecta, una adecuada flexibilidad y unas manos magníficas. Te apasiona la música, te vas a todos los conciertos y posees aptitud. Por cierto, acabo de encontrarme con

¿Ficción o realidad? ¿Encontronazo de radionovela? ¿Casualidad, porfía, destino? La mujer era Ana.

Sé que ya no me quieres.

Por favor, Ana: no comiences.

Ya no me miras, no me besas.

Son exageraciones tuyas.

Llegas mucho más tarde, te vas a cualquier hora. Todos los días tienes guardias, ¿crees que me puedes engañar?

Por Dios, Ana, por Dios: no haces más que pelear ¿Es que no tienes en qué entretenerte? Mira, prende la radio, ponte a escuchar esa novela.

¿Por qué no lo confiesas de una vez, Roberto?

¿Confesar qué?

Que amas a otra.

Y vuelta y dale con lo mismo. ¿Crees que no tengo suficiente ya contigo? Otra más como tú y reviento. Cállate, Ana, de una vez.

Está bien, está bien: me callaré. Pero antes déjame advertirte que soy capaz de cualquier cosa. Soy capaz de matarla, de matarte y matarme y de prender fuego a la casa.

¿Después de muerta, Ana? Bueno, no sé: te creo capaz. Y hasta sería una acción digna de verse.

Confieso que me sorprendió la iniciativa del Director Artístico, pero entregué el libreto y él lo envió corriendo a Producción. Después de tantas y tan tozudas objeciones no pude menos de pensar que la urgencia y el cambio de criterio debían obedecer a circunstancias bastante inusitadas. Cuando le pregunté, plantó una mano en mis espaldas, me sonrió de oreja a oreja y se extravió en un laberinto

de consideraciones tan confusas que no logré sacar en claro nada. Jamás se me ocurrió relacionarlo con la visita de los brasileños a nuestra emisora. Habían venido, entre otras cosas, para acceder a materiales con la esperanza de encontrar alguno que ajustara e iniciar los procesos de una coproducción. *Corazones Perversos* convenía a la convocatoria de los visitantes siempre que «se probaran en el aire» los primeros capítulos. Y como parte de un acuerdo, naturalmente en caso de éxito, se premiaría al autor u otro representante en su defecto, con una beca en Rio de Janeiro. Todos los pormenores, por supuesto, los conocí más adelante, cuando ya no podían influir el curso de los acontecimientos.

Corazones Perversos iba a salir al aire y yo me hallaba complacido. El encuentro con Ana y con Roberto debió operar como un detonador, y de los subsiguientes y constantes contactos se alimentó toda la trama. Así es inevitable que se evidencien paralelos entre ficción y realidad, aunque mediatizados por el asomo a la parodia, la incursión en la farsa, las incidencias del grotesco y el ejercicio de un discurso rebotante de tópicos y lugares comunes.

En la radionovela, por ejemplo, Ana y Roberto configuran una pareja en pleno trámite de deterioro y también en el curso de la realidad. Y las evoluciones obedecen al mismo rol, las mismas causas en ambas representaciones: la doble vida de Roberto.

La novela concluye con un final feliz: Ana y Roberto se separan. Después de algunas peripecias, Ana recurre a Mario, y Roberto se queda con María. Ahora, en La Realidad, no se separan, lo cual no afecta el ejercicio de un final no menos feliz:

Roberto, ¿tú me quieres?

Estoy loco por ti.

¿Y a ella?

No aguanto más. Cada vez la soporto menos.

Ay, Roberto, Roberto.

pronunciación archi británica de la profesora, adquirida sin dudas en sus andanzas juveniles por el West y el East End.

Escena 2

Será un gran espectáculo: yo tocando en la noche mientras se forma La Montaña y tú serás un duendecillo, pero tranquila en la butaca y La Montaña sube y sube y yo, sentada frente al piano tropezaré con una estrella ¿Y entonces no te caerás? ¿Cómo voy a caerme? Y bueno, ¿qué harás allá arriba? Pues, si te portas bien, te traeré una nube. Tráeme mil, mejor dos mil. Te traeré el Planeta Marte.

Pero eso, claro, era imposible porque cuando llegamos al lugar todo estaba muy plano y no había siquiera ni la más mínima lomita ¿Dónde está la montaña? traté de que me respondiera, pero ya estaba conversando con el señor muy gordo y elegante y entonces otro hombre, uno flaco, muy flaco con muchas plumas y un paraguas me sonrió, párate allí y señaló a una lona inmensa que se encontraba sobre el suelo. Yo me paré y sentí un temblor y que subía despacito, muy despacito despacito, casi no se notaba. Y cuando estaba ya bien alto, el hombre flaco guiñó un ojo, ahora se desmorona la montaña y de pronto bajé, rápido rápido, tan rápido que me asusté y grité un poquito, pero enseguida me gustó y le pedí vuélvelo a hacer y me subió y bajó otra vez, una, dos, diez mil veces hasta que el señor gordo le habló en voz alta con palabras muy pero muy extrañas y entonces despertaron a un muchacho viejo o un hombre jovencito que se trepó por la pared, igualito que un gato, hasta las luces en el techo.

Escena 3

A la dureza de la luz, el rostro de Beethoven luce de mármol de Carrara. Yanet, termina de barrer, riega las plantas que hay en la

insistir: mis manos siempre fueron frágiles, aunque tuvo que producirse ese accidente para llegar a comprenderlo.

Yanet aparta la mirada, ¿quiere que vaya a la cocina y prepare las cosas antes de que comiencen a llegar sus alumnas? Bueno, responde Thérèssè, pero está todo sin fregar, casi que no he tenido tiempo. Me da pena contigo, siempre tan servicial y tan dispuesta, pero, en fin, realmente, me harías un favor.

Yanet se planta ante un desorden de platos y de loza sucia. La luz resulta muy escasa. Busca el interruptor, que es de doble registro y vacila ante él. Con movimientos inseguros acerca el dedo a una teclita, pero enseguida lo desvía y lo conduce hacia la otra. Reflexiona un instante y su mirada expresa angustia: el tiempo deja de fluir, la oscuridad se hace opresiva, el mundo entero se condensa hasta configurar una bolita que queda suspendida de los latidos de su corazón. Se decide por fin, el aliento en suspenso; cuando el encendedor zumba, destella y los neones se iluminan, pasa su mano por la frente, sacude la cabeza y respira profundo.

Cadencias, progresiones y resonancias de la música: el instrumento necesita de una ligera afinación. Tras las cortinas «de teclado», tocan por turno las alumnas y a veces es la profesora. Mientras friega los platos, Yanet entona los fraseos y se deja llevar, luego cae en la cuenta de que la música no avanza o se queda atascada a fuerza de tanteos, de retrocesos y reiteraciones. Al adaptar, sin percatarse, los movimientos de sus manos a la monotonía de los compases, la vajilla termina por exhibir un lustre casi radiactivo.

Concluye la sesión de piano y Yanet reaparece portando una bandeja. Sirve cada uno de los vasos en lo que Thérèssè se dedica a reunir a las muchachas alrededor de la mesita. Hoy es mi cumpleaños, dice sin especificar la edad y se incorpora al *Happy Birthday* que han iniciado las alumnas. Suena un poco irritante con tantas voces educadas, resueltas a hacer gala de su virtuosismo y la

¿Y bueno, no te gustaría que me quedara aquí contigo?

¿Aquí conmigo, dices?

Sí, todo el tiempo aquí contigo.

Pero ¿y la gente?, ¿y los vecinos?

Qué me importan la gente, los vecinos.

Roberto: piensa bien. Te perjudicaría, nos perjudicaría... Mira los grados que tienes ahora.

Yo lo que estoy mirando es que ya no me quieres y que inventas pretextos para que no venga a vivir aquí.

Yo te quiero, Roberto, pero oye, ponte en mi lugar. Esto me coge un poco de sorpresa.

Debía ser una sorpresa grata. Pensé que tú eras diferente, que me querías de verdad y te importaba poco el mundo.

Pues claro que te quiero, pero también me importa el mundo.

A mí sí no me importa el mundo. Vengo a vivir contigo aquí.

Pues bueno, para terminar. Al inicio pensé transcribir mi memoria del diálogo real, tal y como lo hago ahora. Algo como la distinción, digamos, oficiosa entre «en el viento» y «en el aire». Para Roberto, por ejemplo, no hay nada más etéreo que las materias sólidas: un techo aquí en la capital, un radio y un ventilador para escuchar bien fresquecito su radionovela mientras se despatarra encima de mi cama. Ha desechado los temores que suscribía al principio tras ver que en La unidad no pasan de unas bromas que lejos de identificarlo lo diferencian bien de su tocayo, el personaje. Ahora más bien insiste en que debo dotarlo de algunos otros atributos y me cuenta y me tienta con picantes pasajes de su biografía. Cada día se muestra más comprometido y siempre tierno y cariñoso.

Si este no es un final feliz, bastante que se le parece. Incluso para el Director Artístico, quien exhibe una faz inverecunda en

las fotos que envía desde el Cristo de Corcovado, Copacabana o Ipanema. Incluso para Ana quien disfruta un noviazgo recrudescido por la oculta sazón del triángulo y se siente feliz sin registrar ni una sospecha a pesar de escuchar la radionovela o tal vez no a pesar, sino, por el contrario, gracias precisamente a que la escucha. Y cuando a veces le pregunto, me suele responder con su habitual coquetería:

¿Corazones Perversos?, menos mal que se acaba. Porque me has hecho sufrir tanto, yo que pensé que me querías.

Y para rematar y en el estilo de mis personajes:

Eres un tipo sin piedad y no te voy a perdonar en todo el resto de mi vida. ■

Quasi una fantasía

Acto Primero

Escena 1

Es un regalo, profesora. La caja envuelta en papel cromo y llena de festones, la mujer no halla qué decir. Gracias Yanet, observa al cabo y por favor, llámame Thérèse, hace pasar a la muchacha.

Avanzan hacia unas cortinas cuyo diseño reproduce las apariencias de un teclado, un recorte quizás de aquella obra de Salvador Dalí; hay una mesa, varias sillas y un librero con tomos encuadernados en oscuro. Un conjunto escultórico encarna a los más grandes maestros de la música; las figuras, de pie y en poses muy naturalistas, dan la impresión de estar dispuestas a echar andar, gritar, correr y hasta pelearse por el piano. Thérèse retira algunas de las partituras de encima de la mesa y hace sitio a la caja.

Déjame adivinar, parece un cake, ¿es de verdad un cake? Yanet asiente con un gesto. Pues entonces tendremos una fiestecita. Echa una ojeada a su reloj, ya son casi las seis y en algunos minutos llegarán las alumnas.

Un resplandor a contraluz confiere a la muchacha unos ojos inciertos; se ha sentado en la silla más distante del piano y contempla los rostros de Schubert, Haydn, Stravinski, Rachmaninov, Liszt, Debussy...

Pero, ¿cómo sabías que era mi cumpleaños?

Debo haberlo leído. Usted salía en los periódicos y colocaban fotos tuyas en cada concierto.

Ah sí, claro, es verdad, pero ahora es todo como un sueño. Y mejor que sea así, ya esa etapa pasó y lo más cuerdo es no

Esperando a Libán

Descuelgo la mochila, le habilito un espacio y me siento en el banco. Es otra vez el banco de la primera cita. Libán había vacilado entre el viernes y el sábado y decidido finalmente: nos vemos en La Covarrubias, entre las ocho y las y treinta, antes de que comience la función.

Miro a mi alrededor. Las puertas del teatro permanecen cerradas, ni rastro de la expendedora en su puesto de ventas y no hay ni un alma, un ser humano en el parqueo o en los jardines; el CVP, claro, no cuenta.

Pregunto la hora a alguien que pasa: como pensaba, muy temprano. Puedo dar una vuelta, releer los acápites marcados, las frases subrayadas del *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* de Bruno Bettelheim, enviar SMS a algunos de mis conocidos, revisar las últimas fotos o pensar en Libán. Un amigo común nos había presentado en una casa de la playa: ustedes dos, me lo imagino, seguro van a congeniar, y fue un pronóstico certero porque a partir de aquel instante nos descubrimos tan afines que los demás nos asumieron como una pareja.

El CVP, desde la entrada, me mira con curiosidad. Luce un poquito estrafalario dentro de un uniforme con problemas de corte y por encima de su talla. Se me ocurre que puedo aproximarme y conversar, pero inmediatamente me reprimo. No me imagino, de verdad, qué pueda conversarse con un CVP, supongo nada de teatro y no voy a arriesgarme a hablarle sobre el uniforme, lo del corte y la talla, lo estrafalario que le queda.

Pasa como una media hora y un automóvil se proyecta y se detiene en el parqueo. Se bajan unos extranjeros y se dirigen

a la entrada. Conversan con el CVP, quien, a pesar de sonreír, no deja de hacer gestos de negación inconfundibles ni de poner cara de lástima. Vuelven de nuevo al automóvil, montan, arrancan y se marchan, y dejan una estela de soledad aún más tajante, más categórica, más profunda.

No sé por qué el breve episodio me causa mala espina. A estas alturas ya debían de haber llegado algunas gentes. Los que acuden temprano para ambientarse y discurrir o tomar posiciones, conversar, saludar viejas amistades, hacer vida social o bajo la sencilla idea de conocer de nuevo a alguien.

Me levanto del banco y me encamino hacia la entrada. Dígame, por favor, la función de esta noche, no hay función esta noche, me notifica el CVP, hubo un reajuste de programas.

Mientras me recupero, el CVP se pone a hablarme. ¿Y a que no lo adivinan? Parece un crítico de esos de los que escriben en Caimán o en La Gaceta o la revista Tablas. Realmente me sorprende y me resulta estimulante. Es un placer oír hablar de obras y puestas en escena cuando te encuentras un desierto donde esperabas un teatro.

Me dice que se llama Aisel y yo también le doy mi nombre. Le participo que soy artista plástico. No de los conocidos, no de los de primera fila, y él me replica que es actor, no de los conocidos, no de los de primera fila, y ahora estoy sancionado.

Me lo imagino sin el uniforme y gana mucho-mucho-mucho, dentro de mi imaginación. Me habla de sus desavenencias con cierto director, uno, por cierto, bien famoso, pero lo hace con humor, con aire irónico, festivo. En consecuencia, nos aliamos en la tarea quijotesca de enderezar un poco el mundo y si no el mundo por lo menos este mundillo teatral que es el que queda más a mano y literalmente más cerca. Entre chismes y chismes de la Pequeña o Gran Escena, se va volando el tiempo.

Se consolida nuestro diálogo y se extiende a otros temas, me animo incluso hasta a mostrarle mi catálogo. Debe tener muchas

El del antiguo aspecto gótico duerme insensiblemente acurrucado, las piernas sumergidas en un charco y el pelo, en vez de emo, se le ha vuelto a la cara pero esta vez bajo un talante ¿bitleriano?

Totalmente desnudo yace El Correccional y más allá Yoleinis envuelto en cuanta ropa debió haber acopiado a partir de la desnudez parcial de los demás, incluso hasta se ha puesto mi pulóver.

Los tres duermen felices, ingrátidos y gentiles (una vieja canción, mis abuelos, y padres solían cantarla).

Miro a Yoleinis y al Correccional: se me ocurre que pueden haber muerto de felicidad.

O de una sobredosis. Dudo si despertarlos.

Entonces los despierto. No porque crea mucho en la muerte sino por cosas como esas, las del grupo Police.

Me van mirando en sucesión con ojos legañosos, desenfocados y recupero mi pulóver. Se precipitan a buscar, encontrar, comerciar, intercambiar sus vestiduras y mi primer impulso consiste en esperarlos, pero a final de cuentas, cómo se demoran.

En algún punto inverso de mi itinerario me tropiezo al muchacho de la esquina del alma y de la personalidad: ¿Sabes lo que es un buen saludo? Un buen saludo es un placer, un buen almuerzo, un buen descanso.

Pues claro que lo sé. Él hace, por supuesto, como si no me hubiese visto y yo también sigo de largo. ■

¿Y qué coño esas luces como de plastilina que veo extraterrestres en un platillo volavuele? Vuele el que tengo yo, grita Yoleinis, nosotros somos, somos, somos...

El Militar Correccional de la submermeladatralladora se quita el camuflaje y se queda en pelotas. Me empuja, me reemplaza y ocupa mi lugar ante La Chica Pelirroja atada en el quirófano de los científiculturistas mientras el nadador de la guitarra, el Magallanes Sideral brota del mar como Neptuno y avanza por los arrecifes golpeándolos con su tridente y viene a echarse sobre mí y me humedece todo el cuerpo con el agua salada que llueve de sus ropas y exclama alegre alegre alegre, pero con aire de interrogatorio judicial: ¿así que se querían divertir sin mí?

Pero entonces ALOHA y los emblemas, logotipos e íconos que figuran al final finalísimo de las películas tras la lista de créditos, esas interminables listas como de las secciones A, B y C de un diccionario aun cuando en el lugar de las X, Y, Z: Todos y cada uno de los rayos del Sol puestos en fila india dentro de una pantalla que hace que parpadee y así comienzo a sospechar: ¿pero es El Sol? y abro los ojos y me pican, ¿el sol?, de intensa claridad, ¿el sol y entonces bien, amaneció? y empiezo a sospechar hace cinco milenios que hubo amanecido y es el sol de Verdad, el verdadero sol, el de bien avanzada la mañana.

Me incorporo de un salto y comienzo a vestirme. Me duele mucho la cabeza y los nudillos y la nuca y la columna vertebral y estoy molido y tengo un hambre, mucha hambre.

Me dirijo a la orilla y me enjuago la cara.

Con la vista aclarada por el agua de mar, regreso a inventar lo que restó del mundo:

seis botellas vacías
un par de zapatillas
un short, un pantalón
una camisa que se arrastra al viento.

virtudes, dice tras observar los *photoprints* de un par de abstracciones, sin dudas debe de tenerlas. Pero ya son las ocho y treinta y cinco y es evidente que no aprecia, entre tantas virtudes la que concierne a la puntualidad.

Quedo un poco confuso. En un primer instante al menos. Pero comprendo de inmediato que se refiere, no a mi obra, sino a la *gente* que, adivina, permanezco esperando. Pudo tener algún problema, dice con fe de circunstancias, el transporte, las guaguas, ¿tu amigo, por casualidad, vive muy lejos?

No respondo enseguida porque me pasa por la mente lo que significaba la dichosa frasecita entre los presidiarios de *Hombres sin mujer*. Digo que vivir lejos no constituye excusa alguna. Él se da cuenta, desde luego, de la contrariedad que experimento y tiene la delicadeza de no insistir sobre el asunto.

Se produce un silencio cada vez más intenso, a cada instante más incómodo: no sé cómo salirme de la situación. ¿Aquel teléfono funciona?, le señalo a un objeto, en verdad una ruina que pende en la mitad de una pared. Siento un alivio momentáneo cuando dice funciona.

Me aproximo al teléfono y comienzo a marcar, pero suena ocupado. Espero un poco y ocupado. Ni pensar en el celular sin saldo de Libán y la voz femenina del mensaje de siempre: «lo sentimos, el móvil que usted llama está fuera de cobertura». Insisto con la ruina del descendiente público del aparato de Bell o Meucci aunque sea como hablarle a la pared. Insisto, insisto, insisto e insisto y al final comunico.

Por favor, con Libán.

Libán no está, me dice una señora de lo más sociable. El salió un momentico, aquí cerquita, a casa de una de sus primas. Me da además toda una serie de detalles, sobre ella, sobre las primas, sobre el propio Libán y la mitad de su parentela. Me salvo gracias a la iniciativa del propio teléfono que suspende el contacto al tercer minuto.

Camino hacia mi banco, a donde ha ido a sentarse mi nuevo amigo el CVP.

¿Algún problema? advierte Aisel. Niego sin convicción. ¿No va a venir, verdad? Dejo caer mi cuerpo sobre el banco. Vamos, vamos, por Dios, intenta consolarme, no te pongas así, estas cosas suceden.

Abandona una mano encima de mi muslo y se pone a contarme de la noche anterior. Tampoco había habido función y un lance semejante. Un muchacho simpático, sensible, inteligente; otro muchacho como tú, a quién, cómo entenderlo, uno no puede imaginar que alguien deje plantado.

Cualquiera sabe por qué causas un comentario tan ponderativo despierta inquietas resonancias, mueve resortes compulsivos dentro de mi intuición.

¿Entonces el muchacho...? Sin afirmar del todo, afirma.

¿Estuviste con él? Con la voz, con el gesto afirma.

Y bueno, dime, ¿cómo era?, ¿en lo físico cómo era? Me describe a Libán.

De repente me besa y no atino a otra cosa que a responder furioso el beso. Observa con cautela a todas partes y me vuelve a besar. Debe ser Bruno Bettelheim y sus glosas sicoanalíticas, pero me siento La Caperucita y al mismo tiempo La Abuelita, las dos llenas de vueltas en un carrusel.

¿Quieres venir conmigo a un sitio?

No sé, no sé; pero, ¿y tu guardia?

No te preocupes, ven conmigo. Verás que no hay ningún problema. Aquí nunca hay problemas. Es tan solo un teatro, no un objetivo militar.

Damos la vuelta al edificio y penetramos a un cubículo por la parte de atrás. Hay un bombillo y un buró, un viejo catre de campaña y un ventilador. Aisel comienza a desnudarse y yo a mi vez hago lo mismo. Al final puedo contemplarlo: ¡Dios...!

espectaculares bíceps, expresa su doctrina según la cual las eras bélicas, los períodos épicos, propugnan incrementos de las sexualidades alternativas en contraste con lo que suele suceder durante las épocas líricas; después de todo, hacia el final, hay una escena parecida a ésta:

¿Oye loco, qué pasa?, ¿te vas a estar clavado ahí o te da pena que te miren? Acaba de mear si tienes con qué hacerlo y dale, ven corriendo que nos vamos de gira por el universo.

Arma un porrillo con habilidad. Yoleinis pone cara de locomotora, de esas antiguas de vapor, en el instante de sorber el humo. Tres pares de ojos me coliman cuando me corresponde el turno. El Metro-Gótico-y-no-sé-qué-más, luego de inhalar, parece dar rienda al repunte de una nariz acatarrada, unos diez estornudos y luego queda en una especie de inoperancia angélica que a mí se me hace un tanto erótica.

Yoleinis, luego de otra dosis, se empecina en gatear y dice que es una medusa. Dobla los brazos, los arquea, sugiriendo una imagen más o menos globular. Entonces El Correccional lo mira voluptuosamente y me inocular la sospecha de asistir a un encuentro tan calculado como el de los monjes firmando cheques millonarios por las reproducciones prerrafaelistas. Pero qué importa una sospecha que se recicla como el mar bajamar pleamar creo que ya me comenzó el efecto.

Creo que ya me comenzó el efecto: estoy, me veo estar dentro de la película.

Resulta que El Correccional se baja del Volkswagen, Yoleinis hace ondear su pelirroja cabellera y yo, el científico, qué es esto, el de los bíceps espectaculares, ante una serie de enlarméyeres bajo una serie de buretas llenas de chocolate.

Alguien acaba de arrojar al agua. Claro el *diskjake* de aspecto gótico y *leather* y metremo con su guitarra de color cereza.

vida, El sexo, Los amigos, La verdad de la vida, La verdad de un amigo, La amistad verdadera y La amistad sincera, El sexo, Los amigos y algunas experiencias del correccional.

Aquí hacen falta cuatro jebas, clama Yoleinis un poco escandinavamente.

Aquí hace falta disciplina, dice el que hablaba del correccional.

Aquí hace falta un as de espadas, espadas, dice el del look gótico-emo.

¿Qué hubiese dicho yo?

Cuando El Correccional anuncia que nos va a deparar «una sorpresa», Yoleinis niega con vehemencia en rebelión inusitada frente a su autoridad. Luego me toma en un aparte y con acento aun exaltado muerde unas frases en mi oído: Nosotros somos, somos, somos... y hace unos gestos súpermasculinos, para que lo sepas. Acto seguido se retira junto a sus compañeros siderales, quienes han iniciado una canción de enunciaciones fatalistas y claves muy desafinadas, aunque llenas de espíritu. Permanezco de pie y sin saber qué decidir: viene a mi mente la película.

Después de realizar la venta de las reproducciones de *El Roman de la Rose*, de *El chivo expiatorio* y algunos otros lienzos prerrafaelistas a la hermandad de monjes ciegos; después que el oficial con cara de sicoanalista ingresa en una clínica de recuperación de la conducta por el exceso de trabajo que le genera la condena a funcionar de doble agente mintiendo siempre en dos idiomas; después de las extroversiones del *diskjake* en la tele-entrevista: «oigan, no existen minorías, cada individuo lo es en sí, oigan, toda la vanidad del mundo cabe dentro de unas moléculas de DNA o algunos cuantos microchip»; después del fin triste y didáctico de la Muchacha Pelirroja a manos del *team* de científicos (frase de uno de ellos, el de conducta más apasionada: no importa el médico para lograr el fin); después que el de los bíceps, el de los

Dos semanas después me tropiezo a Libán: tremendo plante el que me diste. Perdóname, declara y se inventa una excusa tan inverosímil que a mí mismo me da vergüenza. Le hago unos gestos para que se calle, pero tan solo cambia el tema. Y poco a poco me intereso y me resulta tan ameno y tan cercano y tan simpático que ocurre lo de la otra vez. Como en la casa de la playa se nos fue el tiempo conversando en un clima de estrecha comunicación. Y así me encuentro una vez más justo sobre este banco y esperando a Libán. Sé que no habrá ningún problema en cuanto a que darán el espectáculo o al menos hay bastante gente. Lástima que no esté, ni en su garita ni en los alrededores mi viejo amigo el CVP. ■

Michelle

«El amor es un nudo de deseos irrealizables».
Jerzy Andrews. Las puertas del Paraíso.

Pongo el casete de The Beatles, *rewind, fast forward, play* y Michel, Miguel, pienso. No obstante, me concentro en percibir bien las palabras, discernir la fonética, aquel acento scouse. El bolígrafo corre y deja trazos taquigráficos, algunas frases las abrevio, otras tan solo las indico pues cuántas veces no he escuchado esa canción, *Michelle*. En un par de audiciones relleno todos los vacíos, completo cada verso y me apresuro a transcribirlos con mi caligrafía más cuidadosa, pero.

Doy vueltas en la cama: Luis Mario duerme en un extremo y Michel en el centro, a unos centímetros de mí. En vano trato de ignorarlo y de pensar en otras cosas, en los acordes, por ejemplo, que debo de modificar en mi versión a la guitarra para poder cantar *Michelle* ya que en el curso de veinte años mi voz ha descendido tres semitonos por lo menos y ahora tan solo se acomoda a un registro más grave, pero.

Michel está semidesnudo, cubierto apenas por un short, y yo a mi vez en calzoncillos, el mejor que poseo, con una banda que proclama: Caterpillar... Caterpillar... Una etiqueta semejante (para mí era una marca de grúas, retroexcavadoras...) propiciaría un par de bromas y por debajo algún *check mark* en un renglón subliminal. ¿De qué ha servido, sin embargo, elegirlos, ponérmelos, si no hay lugar para el despliegue de la más mínima mirada, una al descuido, una al azar, una tan solo porque el hombre no ha hecho otra cosa que sofisticar sus aptitudes de simio curioso? Michel se echó a

Luego de más de media hora de deambular por la ciudad, la descubro asfixiada por un toque de queda: transmiten la telenovela en un espacio diferido, algún líder político debió de haber hablado antes.

Si tuviera dinero me sentaba en un bar.

Si fuera pelirroja asecharía algún Volkswagen.

Si me endilgaran la tarea de redactar un diccionario me ocuparía en primer lugar de las palabras que comienzan por X, Y, Z.

Por eso me complace de una manera inusitada reencontrarme de nuevo con Yoleinis. Vaga esta vez con sus cofrades, los de costumbre, metromarginales y aspecto libremente convertibles. Los tres parecen muy contentos y dejan exhalar un tufillo a farmacia con lo cual nuestro diálogo transcurre con animación. Tras una serie de miradas intercambiadas entre sí y otras que buscan penetrar mis archivos secretos, descubro en ellos un descuido que expone tópicos confidenciales a mi visión mucho más clara, no perturbada en absoluto por el efecto de los psicotrópicos.

El del look estudiadamente delictivo me alcanza una botella y bebo de un ron rufianesco, crucemos el Pequeño Charco, dice el Emo a su vez. Yoleinis reacciona reconvirtiendo su entusiasmo tan pronto como reconoce la invitación no tan implícita por parte de sus habituales. Murmura en jerga algún mensaje que no consigo entender bien, pero ni falta que me hace: el que me ha presentado la botella, quien parece investido de la mayor autoridad, me pasa un brazo por sobre los hombros y me arrastra a ir con ellos.

Después de algunas cuerdas y atravesar muy animados por el Puente de Hierro, vamos a recalar en La Puntilla y nos acomodamos en los arrecifes. La discusión se desarrolla de un modo algo vertiginoso y hasta un poco anarquista. Primero sobre música: el rocanrol, el reggaetón y la timba y la trova hasta desembocar en La existencia y en La vida, lo esencial de La vida, El sexo, La verdad, El amor y La

Soyuz, la Discovery, el Challenger, la Voyager, La Fuji y la Dhen Ziao Lin. Después le inyectan una dosis de nanobiochips a un delicado ratón blanco y este, rabioso de repente, comienza a dar de dentelladas a las barritas de su jaula.

¿Qué tipo de aleación?, pregunta el oficial examinando las barritas una vez retirado el roedor.

Chocolate al wolframio.

Yoleinis salta de su asiento y nos mira a los tres como si fuéramos engendros de la propia película ¡Basta!, grita a su hermana, pero su grito queda sordo por la banda sonora. El *diskjake* vestido en cantante metálico brama a troche y a moche percutiendo iracundo una guitarra de color cereza. Después se clava la jeringa que le suministró La Pelirroja con un saldo de efectos instantáneos: Incongruente en medio de una música compuesta con fragores de martillos neumáticos, queda en postura beatífica, antigravitatoria, parece que va a levitar.

¡Yoleisis, basta ya!, vuelve a gritar Yoleinis y como el público se ríe (el oficial de la mermelada ha sido desenmascarado y reconoce ser espía por La Justicia y por La Paz), no se le ocurre nada más que volver a sentarse. Hunde el mentón, cruza los brazos y así se queda hasta el ALOHA, así mismo, el ALOHA (nada de FIN ni THE END ni KONIEK) en medio de un *close-up* del Sol, que constituye imagen recurrente si no la estrella principal dado un reparto de figuras muy poco conocidas.

Cuando termina la película y salimos al lobby, Yoleisis va de un grupo a otro siempre del brazo de Su Amiga. Yoleinis reacciona perdiéndose en la multitud. Quedo indispuesto ante el sabor de un desenlace un poco pedagógico: muere La Chica Pelirroja. Hago como el amigo de la esquina del alma y de la personalidad y me deslío, me evaporo o me desaparezco igual que él. Pero resulta muy temprano para volver de nuevo a casa y demasiado tarde para cierta visita.

dormir, cerró los ojos poco antes de que alcanzara a desvestirme y de ese modo me borró, me suprimió y me convirtió en El Hombre Invisible.

Me voy sentando poco a poco en un costado de la cama: soy una sombra vertical interfiriendo las horizontales que construyen la noche de la habitación. Salgo a la sala-comedor donde la oscuridad se difumina, me siento en el sofá, contemplo la maceta donde se yergue, enhiesto, un cardo y hasta logro encontrar mi caja de cigarros, pero dejé el encendedor con el apuro por salir y en esta casa de Luis Mario para prender un cigarrillo, hay que hacer un post grado: manipular una «balita», dejar fluir el gas, abrir la llave de la hornilla, insistir e insistir con una fosforera defectuosa hasta lograr alguna chispa en un punto específico del quemador y, una de dos, logras la llama gracias a algún milagro auténtico o la logras, al cabo, como los simios que evocaba, tras millones de años de evolucionar.

En la sala, mosquitos y una temperatura desquiciante. Antes me pareció hasta acogedora con su ventilador, cuadros, cortinas, una maceta con un cardo enhiesto y luces cálidas y discretas. Ahora, en esta penumbra que desvanece su escenografía, viene a ser una celda de la que buscas escapar. Examinas la puerta, todo sería tan sencillo: marcharse a la francesa o dejar una nota —escueta, irónica, lacónica, detallada, profusa o ¿por qué no todo a la vez?, ecléctica, melodramática—. Pero la puerta solo se abre con el empleo de las llaves que debe de guardar Luis Mario: ¿vas a llamarlo, despertarlo, desbaratarle al tipo el sueño, un tipo que se ha conducido obsequioso, solícito, que ha resultado todo el tiempo intachable anfitrión; vas a llamarlo, despertarlo y estropearle su sueño justo porque no logras tú dormir? Regreso al cuarto donde, al menos, está el ventilador y me acerco a la cama luchando contra las tinieblas, tratando de no tropezar. Por cierto, para el publicista y científico Yákov Perelmann el hipotético Hombre Invisible también tendría que ser ciego; yo, sin la

autoridad que le confiere haber escrito su *Física Recreativa*, termino por pensar igual: no supe ver la puerta a tiempo.

Debí marcharme en el momento en que lo hiciera Yusimí: imposible extraerle alguna gota más a la esperanza. La fiesta, desde su proyecto, fue un empeño frustrado. Se adivinaba en el ambiente, lo revelaban todos los indicios: el pesimismo de Michel, la cortesía de Luis Mario, la artificiosa exaltación de la jovialidad de Yusimí y hasta mi falsa displicencia. En sus afanes de organizador, Michel había puesto en juego su habilidad y su carisma; vistos tan magros logros, ¿no sufriría una incomodidad, alguna suerte de fastidio, de descontento hacia sí mismo capaz también de trasladarse a otras áreas sensibles, por adyacencia a los manejos de nuestro entendimiento, a ese flirt expansivo, prometedor, que hubo arrancado dos semanas atrás y ahora se desleía, dejaba de significar, se replegaba reabsorbido en un rapto voluble? Yusimí apareció como un ángel caído en plena periferia. Cuando se hizo evidente que nadie más acudiría, abandonamos la parada que habíamos establecido como punto de cita y comenzamos a internarnos por el kilómetro de carretera hasta donde El Diablo se desgañitó.

Subo a la cama con sigilo, pero rechina el bastidor y Michel ejecuta algún gesto sonámbulo. No alcanzo a comprender que se encuentra de espaldas hasta que mi visión logra adaptarse a la casi absoluta oscuridad. Duerme curvado, recogido y yo me atengo a su postura, reproduciéndola, enmarcándola, pero temiendo, por moléculas, establecer algún contacto. Trato de serenarme, de no ceder a mis impulsos, de reeditar al impertérrito y flemático inglés que cultivé en la adolescencia. Hace unas horas lo evoqué, o sea, le conté a Michel que cuando andaba por los quince hacía lo inimaginable por conducirme como un *gentleman*.

No sé si ello comunicara lo que había pretendido, no obstante, al parecer, sirvió al propósito de anclarnos en un ambiente más confidencial. Sin embargo, también, podría tratarse de lo

EL: Seguramente por error. A los gobiernos de hoy en día les entra el gusto por la plástica cuando descubren que los plásticos pueden lavar algunas cosas además de sus manos.

ELLA: ¿Quién hace algo por amor?

EL: Me muero por averiguarlo.

Yoleisis y Su amiga practican una especie de combate de judo a pesar de los brazos metálicos de las lunetas. La luz de la acomodadora simula un láser en la oscuridad. Barre una zona todavía distante, así que continúan como si tal cosa.

¿Y tú también eres como ella?, dice Yoleinis sin mirar, sin señalar, pero la falta que le hace.

¿Cómo La Chica Pelirroja?

Asere, asere, deja el cuero. Quiero decir que si eres guei.

Bueno, Yoleinis, y en confianza: no te me acerques mucho.

Una junta de tipos con look de ejecutivos, disfrutan bajo toldos en la playa. Hablan de secretarías y de neologismos: ¿Cuántos interneteuros esponsorizarían una retroinversión en tecnodólares?

Reciben con hostilidad a un fisiculturista, pero este hace notar un discreto tatuaje. Un código QR en pleno dorso de su mano y le dejan estar. Luego se marcha hacia otra escena donde aparece ya vestido y junto al oficial freudiano quien contempla las barras con mirada impúdica.

El hombre porta en su genética, dice el científico constructivista, todas las fórmulas de La Creación, contiene todos los resonadores, tanto proteicos como digitales de cualquier forma de existencia. Tras una casi imponderable reorientación ribonucleica adaptarse a cuanto régimen o singularidad del universo, de nuestro diversificado hábitat cósmico. Pero necesitamos represores tanto como de patrocinadores y de inversionistas: es un proyecto muy audaz, lo que se dice muy audaz, y solo estamos comenzando.

Creo que por primera vez Yoleinis se interesa en la película. Aparecen imágenes de archivo: Sputnik I, Apollo XI, el Lunajod, las

la consola de un *diskjake* que desplazó al idilio bélico, sin transición, de la pantalla.

Yoleinis mira al amasijo de la hermana y Su amiga. Asere, dice en un susurro, yo creo que mi hermana es guei.

Entonces lo pronuncio tal como estimo que lo pronunciarían en la propia película.

Quiero decir, de esa otra onda, de que le gustan las mujeres.

Varios científicos discuten acerca del hallazgo de vida inteligente en no sé qué planeta. Manejan gráficas, videos, cigarros y computadoras. Uno de ellos destaca por su conducta apasionada y otro por sus descomunales bíceps.

¿Asere, a ti no te molesta que mi hermana sea guei?

Bueno, Yoleinis, dime tú: ¿por qué tendría que molestarme?

No sé, asere, no sé: como tú andas con ella.

Ella anda ahora con Suamiga y yo estoy intentando disfrutar la película, ¿por qué no lo haces tú también?

No sé de donde sale La Chica Pelirroja, pero en definitiva se monta en el Volkswagen que conduce el soldado de la mermelada, ahora sin camuflaje, sin ametralladora, sin el morbo oficial que le prestara el uniforme y sostienen un diálogo de este talante:

ELLA: Los cuadros han de ser reproducciones de obras Prerrafaelistas.

EL: ¿Pero los monjes no son ciegos?

ELLA: Descubrieron el gen del Contrario Dialéctico y también que allá arriba existe vida.

EL: Ay, Dios mío, Dios mío, ¿más vida todavía?

ELLA: Es una especie de federación. Algo entre amebas y rumiantes. Plantean que las demás formas anímicas no son sino reencarnaciones en 3D.

EL: Ok, ok, ok. Pero dame una pista, por favor, ¿cómo consigo yo esos lienzos?

ELLA: Fuiste tú el elegido por las Nomenclaturas.

opuesto: intercambiando y trasegando con episodios del pasado, disminuíamos los riesgos de acometer nuestro presente y sobre todo de comprometerlo. Michel, digamos en gesto recíproco, me confesó sin sutilezas que él por su parte a aquella edad solo había sido «el maricón del grupo», el sodomita sintomático, la representación a nivel de aula de las loquitas no disimulables en el selvático universo que puede resultar un tecnológico. No quise conocer detalles, ninguna anécdota en concreto: empecinarse en asumir a un caballero victoriano en medio de la idiosincrasia de estos trópicos venía a significar más o menos lo mismo.

Entonces yo no disponía de una clave de acceso para explorar en mi interior, visitar mis rincones más recónditos, y es que quizás aún no existían, no se encontraban disponibles o se hallaban a medias, en plena construcción. Los maricones eran plumas, trocitos de cristal, suspiros, miraditas, culipandeos, languideces: lo opuesto a un juego de pelota. Mucho menos aun lograba discernir los senderos ocultos, los conductos secretos que íntimamente comunican las dos banderas desplegadas de una contradicción: ¿Así querías ser un *gentleman*?, ¿pues qué hacía un inglés, un caballero aristocrático robándose una base? Las primeras palabras que escuché de Michel resultaron «detesto la pelota», pero yo alcancé a ser *short stop* en un equipo de menores con vistas a las ligas juveniles. Al cabo, si se considera, este deporte peca incluso de espíritu británico, no por su origen desde el críquet sino porque obedece a más reglas que un Lord o que un común parlamentario.

En una de las pocas veces en que, a despecho de *jilero*, me aparecí con un jonrón (par de hombres en las bases y la derrota convertida en triunfo incontestable y espectacular), me abrazaron, me alzaron, me cubrieron de besos, me palmearon las nalgas y luego me cargaron y me llevaron en los hombros. Sentí en correspondencia el deseo de gritar, de expansionarme, de besar, de reír y llorar, que me abrazasen y abrazar, de despachar otro cuadrangular,

que me palmearan otra vez las nalgas. Pero, ¿y cómo un inglés debía conducirse? Pues con empaque y dignidad, con toda pompa y circunstancia, todo orgullo y prejuicio, como el más impasible e imperturbable súbdito del Británico Imperio. En efecto, fui inglés, todo un perfecto hijo de la Gran Bretaña y eché a perder el entusiasmo, el alboroto delirante del corazón de nuestro equipo: cuerpo de palo y rostro de pudín pues me conduje como un témpano.

Pongo el casete de The Beatles, una vez más en la memoria para impedir a mi conciencia el ejercicio de las percepciones: Michel durmiente junto a mí, impuesto así, como al descuido, en la más inmediata realidad. Por cierto, ¿qué es La Realidad?, o tal vez, ¿qué sería, que hubo sido de ella, y de paso, también, ¿cómo se adentra, precipita, se integra, rebobina y cómo emerge acontecida de los desganos y excentricidades de nuestras remembranzas? En la radio de entonces, Los Beatles comenzaban a sonar, justo tras el instante de haberse ido a bolina. Pero, para nosotros, insulares, endémicos de un hueco negro ajeno a la gravitación universal, el tiempo se curvaba todo y así podías escuchar a unos Beatles fresquísimos, relucientes, crocantes, acabaditos de romper el celofán. Frente a ellos reaccionaba con el espíritu escindido: ¿cómo podían ser inglesas aquellas voces desmedidas?, ¿cómo podía ocurrir incluso que hasta me sedujesen? Oye esto, Almidonado (mi apodo dentro del equipo); oye esto (era insistente Nuestro Veteranísimo). Y en el *dog out*, en el rincón donde solíamos congregarnos «los putañeros de esta tropa», Miguel Ramírez Delacroix, número 21, *Right-Center-y-Left-Field*, El Viejo, todo un Cáncamo, ¿qué coño hacía en prejuveniles con diecinueve años cumplidos?, Miguel Ramírez Delacroix, asumiendo portátil su minigrabadora Robotrón de diez o doce baterías nos obligó a escuchar *Michelle*.

Pongo el casete de The Beatles, pero esta vez por estudiar las armonías empleadas en la versión original. El *sol disminuido* baja a

grosero: teme que algún turista lo confunda con ella. Casi siempre circula con un par de cofrades, uno de aspecto carcelario y el otro, *leather-emo-metro-gótico*, los tres con mucho estudio e incursiones por las quincallerías en divisas. Sin embargo, esta vez deambula sin acompañantes y en condición tan residual que no me reconoce. Pero en cuanto lo hace, se manifiesta con recato, disculpa mi ambia, de verdad, no me di cuenta que eras tú y se sonríe, me sonríe, con los ojos tomados a su hermana mientras aclara sin envanecerse: tengo un vuele de pinga.

Arribamos al Chaplin, yo caminando entre ellos dos como un espejo que proclama sus genealógicas imágenes. El lobby bulle de fanáticos a la filmografía de Van Reen. Yoleisis va de un lado a otro, saluda a todos, trata a todos y con ello consigue desprestigiarme como espejo ya que Yoleinis no saluda a nadie. Con las manos hundidas dentro de los bolsillos de su pantalón, las piernas entreabiertas y la espalda lanzada vagamente hacia atrás, luce su estampa más barriobajera.

Yoleisis se reencuentra a una de sus amigas. Mira, MI AMIGA, la presenta y pueden oliscarse las mayúsculas. Se imparten besos en la boca, de esos de alto voltaje, y Yoleinis reacciona con una mueca de estupor. Ya dentro de la sala escogemos asientos y nos distribuimos de este modo: Yoleinis, yo, Yoleisis y Suamiga. A Yoleinis comienza a pasársele el vuele, disminuyen las luces y aparecen dinámicas las primeras imágenes de la película: telefotocopias del Sol y del negro vacío interestelar.

No más un poco de penumbras y se desata la pasión entre Yoleisis y Suamiga. En la pantalla está ocurriendo un hecho muy interesante: un militar de camuflaje unta de mermelada el cañón de su sub-ametralladora y la presenta con respeto a un oficial con cara de sicoanalista quien deriva placer de embadurnarse en mermelada las dos manos y se escucha una ráfaga. Pero la ráfaga procede de

Hello, my dear, dice con su más glamoroso acento, pero a pesar de ello nunca podrá impedir que recuerde a su hermano: rostros, cuerpos iguales. Inclusive los gestos. Yoleinis, por ejemplo, y con equivalente sofisticación habría interpuesto alguna pinga o algún par de cojones con tal de conseguir lo obvio: afecto a toda costa, pero sin dejar de pasar por un tipo duro. Yoleisis y Yoleinis, puro amor, parodias desde y entre sí, par de metáforas recíprocas.

La muchacha, esta vez, opta por desclasificarse. Grita mi nombre aun cuando me hallo a dos centímetros de ella, besos y abrazos con gran aparato y un torrente verbal. Mientras asisto a su monólogo no dejo de estimar cuantas palabras caben en un santiamén. No todas las del diccionario, un poco menos que la suma de las secciones A, B y C o, por huir de los excesos, las que comienzan por X, Y, Z: siempre he tenido la impresión de que las gentes de los diccionarios se desalientan al final y dejan fuera muchos términos con tal de terminar cuanto antes.

Yoleisis me actualiza con su CNN: anuncios y clasificados, noticias, chismes, carteleras. Quiere arrastrarme contra el Chaplin donde exhiben un ciclo de Van Reen, pero le explico que mi amigo es un poco misántropo. ¿Qué amigo?, dice entonces y cuando voy a presentárselo, descubro que se ha evaporado, se ha disuelto, desleído, del curso de la realidad. Si bien ha sido exorbitante en relación con los saludos, parece que no cuenta con teorías, ni siquiera fugaces, acerca de las despedidas.

Eso me deja sin excusas entre los brazos de Yoleisis, lo que en muy breve significa la locura gregaria, la experiencia en comuna, la hipertrofia social. Comienzan a llamarla desde la misma Calle 4 y hacia la altura de la Calle 6 ya la demostración deviene multitudinaria. Incluso hasta nos tropezamos con su hermano Yoleinis, ¿quién cojones es éste?, le pregunta en mi honor. Yoleinis gasta un parecido tan engorroso con su hermana que su estrategia es ser

mi, el *re* se deja transportar, pero el *la de trecena* se resiste, no solo dentro de mi mente, sino también a toda hora; esta mañana, por ejemplo, cuando ensayé con la guitarra allá en la sala de mi casa; aquí en la sala de Luis Mario, imposible tocar: ¿se han enfrentado alguna vez a la sonoridad de una guitarra en el onírico silencio de una madrugada?

Durante aquel kilómetro de carretera que nos trajo hasta aquí, esbozamos un módulo de caminantes por parejas: yo venía con Luis Mario, Michel detrás con Yusimí. Me pareció un indicio más del descalabro de mis pretensiones, pero busqué justificarlo por enésima vez: Michel nos conocía a todos, Yusimí de pasada conocía a Luis Mario; este y yo, sin embargo, no nos habíamos visto nunca. Conversamos de asuntos muy poco memorables, un diálogo de circunstancias, un sondeo de lo más convencional y del cual derivaba, no obstante, la certeza de que las cosas no mejorarían: ni el desarrollo de la fiesta ni mis avances con Michel. A causa de ello la guitarra me estorbaba en los hombros, nada justificaba el hecho de haberla traído. Sin un poco de espíritu, sin un público cómplice, sin un alma sensible al repertorio de otras épocas y sobre todo ante un Michel incapaz de dejarse homenajear aquello no tenía razón de ser. No más llegar y estacionarnos, nos vinieron encima una muchacha y dos muchachos que supuse del barrio; debieron estar aguardándonos. Uno de ellos se hallaba a medio travestir y me dejó la sensación de una caricatura de Ralf König. Entramos todos a la sala y le solicité al dueño de casa algo con qué encender un cigarrillo. Me llevó a la cocina, realizó las correspondientes manipulaciones y fue impartíendome el post grado.

Abandono la cama, me planto ante el fogón y trato de encender según las instrucciones recibidas: la balita del gas, la fosforera defectuosa, insistir e insistir y el punto exacto de la hornilla. Con el cigarro sin prender vuelvo a la sala una vez más. Permanece el calor,

aunque se fueron los mosquitos. Me siento en el sofá, frente por frente al cardo enhiesto: sugiere un péndulo invertido, un tiempo que marchó al revés y se detuvo, por inercia, unas tres décadas atrás.

Aquel día, después de oír *Michelle* en el *dog out*, Nuestro Veteranísimo, *Right-Left-y-Center-Field*, número 21, El Viejo, un Cáncamo, qué coño hacía en prejuveniles con diecinueve años cumplidos, Miguel Ramírez Delacroix, El Migue para los amigos, haciendo gala de una untuosa y esmerada insistencia, me invitó a ir a su casa. Allí volvimos a escuchar otra vez a los Beatles, a abanicarnos esos tragos «como un hombre» de ron y a fumar, en mi caso, mis dos primeros cigarrillos. Se fue al carajo en par de rondas mi dignidad archibritánica y terminé por vomitarme en la taza del baño. El Migue mantenía y descargaba una obsesión: pero «Michelle», Almidonado, ¿no es Miguel en inglés? Yo respondía: desde luego y qué otra cosa responder, ni me pasaba por la mente que, aparte de francés, se tratase de un nombre femenino. Y por supuesto que insistía en apropiarse los misterios que él derivaba de la letra: ¿no trataría de sí mismo?, ¿no aportaría un evangelio, un vaticinio, algún oráculo, alguna profecía sutil? ¿No la habría escrito, por demás, algún ser intuitivo, un ser de luz en homenaje de otro ser luminoso, aquel Michelle, aquel Miguel que acaso no fuera un arcángel?

Desde luego que el modo en que expresaba sus preocupaciones quedaba inmerso y deslucido bajo los rudimentos de la jerga, pero aun así nos asomábamos a los perfiles de la esencia y hasta quizás, por obra y gracia de régimen tan limitado, a la capacidad de especular: ¿Qué existiría detrás de un nombre, qué ley oculta funcionaba en la innegable persistencia con que seguían repitiéndose durante siglos en el mundo? Miguel me urgía a beneficiarlo con el conocimiento del mensaje que adjudicaba a la canción: quería que se la tradujese. Pero mi inglés de aquella época no daba para tanto. De una manera solapada y en realidad no muy consciente, comencé

La pleamar del gen oscuro y federado

Se acerca y me saluda, no estoy muy convencido de haberlo visto antes.

Es más, estoy seguro de que no: tengo memoria fotográfica.

Tal vez sepa leer el pensamiento o acaso soy muy transparente, porque enseguida manifiesta: siento que no nos conozcamos, pero necesitaba decir hola, estrecharle una mano a alguien.

Llevaba, afirma, hasta el momento, dos mil doscientos veinte y tres minutos sin dirigirle la palabra a nadie ¿Sabes lo que es un buen saludo? Un buen saludo es un placer, un buen almuerzo, un buen descanso. Si prefieres, un sexo: si lo haces como tú deseas, si lo haces como debe ser.

Tengo memoria fotográfica, pero me siento deficiente y hasta incapacitado en las cuestiones que requieren de alguna contabilidad. Tampoco sé con precisión qué significa *como debe ser*. En consecuencia, le pregunto cómo puede mostrarse tan seguro en el conteo de tantos minutos y él me mira del modo con que uno observaría a un paramecio algunas lentes de por medio.

Nada especial me ata a esta esquina. Simplemente pasaba y me dio por pararme. Hay lugares así, que te compulsan a pararte y otros que no, por el contrario, no tienen alma, personalidad.

¿Y luego del saludo, qué?

Pues te sientes saciado.

¿Cómo después de hacer el sexo o comerte un almuerzo?

Puedes volver a estar un tiempo sin saludar de nuevo a nadie.

Sigue pasando mucha gente. La esquina tiene tanta personalidad como un papel de moscas para transeúntes. Entre las moscas cae Yoleisis y se queda pegada.

una situación ajena: por el momento solo aprecias el movimiento de la puerta y la mochila a sus espaldas esas mismas espaldas que se desvanecen en lo que dura un pensamiento un pensamiento independiente ingravido desconectado y a contraluz bajo el dintel. ■

a barruntar que unos haberes tan precarios, más que matricularme en esa lengua, constituían artificio superficial de mi anglofilia. Varios años más tarde, cuando logré desentrañarla, me pareció tonta, banal, torpe y adolescente, como la mayoría de las letras del pop, del rock y tantos géneros que sobrevendrían a los cuales también me aficioné. Ya para entonces terminaba una carrera en la Escuela de Letras, me iba apartando poco a poco de los terrenos de pelota, había mandado a besar culo, *kiss my ass*, *gentle gentleman*, a mi gentil y amanerado caballero británico y abominaba de escuchar el enojoso nombre de Miguel: claro, después de una amistad, una amistad más que amistad a la que fui de inicio tan reacio y después tan adicto. Un día, sin más ni más, sin la menor causa visible, sin que mediasen precedentes, me dijo se acabó y así, de un solo golpe, lo arrojó todo por la borda y me quedé sin asideros, hecho una mierda, hecho una plasta; me quedé, dicho en jerga, la de los peloteros y los comentaristas deportivos al aludir a un bateador al que poncharon por esperar un lanzamiento: «me quedé con la carabina al hombro».

Vuelvo a la cama todavía en el espíritu de aquella edad y me pego a Michel. Más que pegármele, me adhiero, me aferro, me le hinco, busco pulverizarme contra sus espaldas. Una mano en tal trance va a parar a su pecho, se desliza hacia abajo y, tensa en medio del abdomen, se crispa como si recuperara la lucidez de la cordura luego de haberla abandonado en la espontánea autonomía de su desprendimiento. Pero Michel no reacciona, sigue siendo un objeto tan insensible y tan inerte que se convierte en irreal: una entelequia endurecida, un espectro calcáreo, rigor de muerte silenciosa, más silenciosa que el silencio todavía auditivo de la muerte y ello me lleva a sospechar, a cuestionar, a preguntarme si no se trata de una treta: ¿no se habrá despertado y solo finge estar dormido?, ¿no será una manera de resguardarse, recogerse, de demostrarte

que intentaras cualquier recurso que escogieras continuará siendo esa laja, ese bloque, esa lápida para tu más definitiva, completa y humillante descalificación?

La mano salta de la piel y se desprende de su pecho, tu propio pecho se separa y eres un perro escarmentado, eres un perro escarnecido, un perro el rabo entre las piernas, el perro del Hombre Invisible con su invisible rabo entre las piernas bajo un cintillo que proclama Caterpillar Caterpillar...

Michelle, ma belle, así comienza la canción, *these are words that go together well*, así sigue la letra. Tonta, banal, torpe y adolescente: son palabras que vienen muy bien juntas para aplicar a tu conducta del instante anterior. Quedas de espaldas, boca arriba, contemplando la noche de la habitación: *La noche bocarriba*, uno de tus relatos favoritos, luego el concepto de «figura»: constelaciones, conexiones sin importar tiempo o distancias. *I love you, I love you, I love you, that's all I want to say*. Michel durmiente junto a mí y Miguel rematando un *fly* corto al jardín central con disparo a primera, *out!*, dictamina el *umpire*, yo redondeando la jugada, *short bounce* y guante de revés, un formidable *double play*.

El amago de fiesta también se replanteaba en una doble circunstancia: nunca hubo sido fiesta, pero ya para entonces siquiera subsistía la voluntad del propio intento. El Personaje de Ralf König se aisló a bailar en la cocina, desde mi ángulo captaba ciertos jirones de su danza; sus dos acompañantes, el varón, la muchacha, mascaban sus bostezos en lo que Yusimí desmorecía en tronante silencio luego de haber gastado todos sus discursos en la tarea de remover una abulia tan bíblica. Solo faltaba que Luis Mario, abandonando el protocolo de su perpetua urbanidad, se pusiera a gritar: ¡vamos, fuera de aquí!, ¡lárguense todos de una vez! o que Michel, a quien trataba de acariciar una rodilla, murmurara con aire de castigador: hay una cosa que quiero decirte.

estarán Hugo y Patricia ansiosos de emociones por delegación y listos para reprocharme entre morbos dilectos y amistosas envidias por qué te entregas a un romance tan lleno de desigualdades por qué has de conformarte con un rol secundario ya eso se pasa de telenovela por qué no exiges que él decida entre *ella* y tú o por qué deberías resignarte a su presencia impredecible e irregular tan solo un par de días dentro de la semana o por que no te buscas otro y me sonrío ¡pero Hugo! o me sonrío ¡pero Patricia! como ahora mismo estoy sonriendo bajo ese chiste de quinientas libras que ha logrado hacer mella en el rostro de Julio quien sin mostrarse sonriente parece que sonrío mientras anuncia que se va (¿ha dicho que se va?) ¿te vas? me voy ¿de verdad? (¿de verdad?) responde abriendo una gaveta pero bueno ¿y qué pasa? extrae algunas de sus ropas y las coloca encima de la cama ¿te vas a ir? (¿te vas a ir así sin más?) escoge un pantalón y abre enseguida otra gaveta ¿pero tú lo has pensado bien? se abrocha el cinto llevo días pensándolo ¿y tenía que ser hoy? ¿por qué tendría que ser mañana? ¿pero esto entonces se acabó? se pone con presteza una camisa dame una explicación ¡dame una explicación! y me doy cuenta de que grito y que estoy fuera de control ¿preferirías que me fuese dice con aire de impaciencia preferirías que me fuese dice con ese tono en que solemos explicar cosas muy obvias a los niños preferirías que me fuese que desapareciese y te quedaras esperándome diez días veinte años cinco minutos qué sé yo y continúa recogiendo cosas de las gavetas tan dueño de la situación hasta que inclina la cabeza y me entran ganas de llorar (qué ganas coño con llorar pero con no llorar tampoco) mientras la inclina porque busca y alcanza el par de botas las examina las levanta como en cámara lenta y lo ves sepultar sus pies dentro de ellas sus pies infectos membranosos que no saben a nada si le pasas la lengua como estos mismos pensamientos si les pasas la lengua estos independientes ingrátidos desconectados cuando te encuentras casi siempre en

queda uno o dos días seguidos en el espíritu y la práctica del más auténtico, absoluto e incontrovertible ejercicio conyugal? y por tanto el reproche carece de sentido y por tanto debieras despreocuparte del asunto pero los pensamientos los pensamientos espontáneos ingravidos desconectados autónomos independientes con respecto a las situaciones en que ocurren ¿esa Mujer lo haría feliz pudiera hacerlo más feliz que yo? y por qué tienes tú que ocuparte de ella (solo la vistes una vez) y por qué la felicidad se muestra a veces tan impracticable o tan grotesca o tan inexpresiva: resulta todo tan confuso resulta todo tan ridículo (incluso por contraste frente a lo que consideramos sea el ridículo) y por ello el programa me parece más cómico más lúcido más hilarante y me sorprende sonriendo y hasta riendo con vehemencia bajo una sospechosa vocación procedente de alguien que se ríe por mí alguien agazapado en mi interior del cual desplaza a mi yo íntimo quien solo atina a estar al tanto del semblante de Julio a su cara rotunda y pétrea en la cual ningún chiste provoca una sonrisa y eso me lleva a sospechar que alguien también dentro de él maneja sus resortes por lo que trato de neutralizar la labor de esos álguienes esas dos injerencias demasiado intangibles y demasiado corrosivas y acaso no tan circunstantes según las consideraciones de mis queridas amistades léase Hugo y léase Patricia quienes en mi lugar hubiesen sometido al machango de Julio a un interrogatorio policial le hubiesen preguntado y preguntado y preguntado y luego vuelto a preguntar (todos somos campeones de natación fuera del agua) pero yo ni pensarlo que hay respuestas que inquietan son más inquisitivas si no inquisitoriales que las propias preguntas; mejor por tanto acariciarlo cuando llegue el momento de las ternuras habituales antes de conciliar el sueño o en la violencia casi onírica de la lujuria al despertar y que solemos dirimir antes del desayuno antes de que se vista nos vistamos y nos marchemos al trabajo él para su taller yo para mi consulta donde

Hay una cosa que quiero decirte, dice Michel y con un gesto me señala el portal. Siento la nota sostenida del bordoneo de un mosquito, un *fa* un poco *cromado* que da una vuelta alrededor igual que aquella vez, la del Veteranísimo, *Right-Left-y-Center-Field*, número 21, El Viejo, un Cáncamo, qué coño hacía en prejuveniles con diecinueve años cumplidos.

Hay una cosa que quiero decirte, dice Michel y asere, asere, yo no sé, enfatiza Miguel sin conseguir ir más allá. Había una fosa desbordada y un zumbir de mosquitos. Nos encontrábamos sentados en el banco de un parque cerca de la salida del estadio. La práctica de entrenamiento había sido agotadora, sembrada de incidentes y pensé que intentaba comentármelos.

Bueno, dice Michel. Parece organizarse, medir bien el alcance de lo que va a expresar: sé que te gusta la sinceridad, yo también la prefiero. Tú tienes muchas cualidades y has hecho siempre que me sienta bien, pero.

Asere, asere, yo no sé, yo no sé qué me pasa. O mejor, sí lo sé, pero.

Revoloteaban los zumbidos y yo pensando todavía en los *flies* caídos, los *corring* defectuosos y en la mecánica del *squeeze play* pero.

Pero es que, escucha por favor: todos necesitamos un amigo. Amigo, amigo de verdad, amigo yunta, amigo en todo, amigo yunta, yunta en todo. Óyeme Almidonado: yo quiero que tú seas mi amigo.

¿Quieres decir que no lo soy?

Pero no es suficiente.

Pero no es suficiente, argumenta Michel luego del ademán de espantarse algún *mi cromado*. Cuando estoy solo y pienso en ti, me entran ganas de verte. Hago planes fantásticos: te presento en mi casa o me mudo a la tuya. Pero después algo se pierde: quiero

corresponder, pero no puedo, quiero querer, pero no quiero y al final me doy cuenta, cuando nos vemos por ahí y hay otras gentes de mi edad...

¿Qué significa yunta en todo?

Pues yunta en todo, Almidonado. Andar juntos, no sé, y nunca separarse. Ayudarse, buscarse y compartirlo todo: estar.

Te comprendo, Michel.

Oye, Miguel: yo no te entiendo.

Almidonado: ¿no me entiendes o no me quieres entender? Lo que me pasa es que te quiero y necesito estar contigo. Y sé también lo que te pasa: que me ves como un viejo. Yo solo tengo diecinueve, pero como tú tienes catorce.

Zumba otro *mi cromado*. Me han picado hasta el alma los dichosos mosquitos, mejor nos vamos, les propongo a Miguel y a Michel, a mi fantasma y a mi némesis.

Michel entra a la sala. Miguel se inquieta y se estremece en el banco del parque:

¿No dices nada?, ¿soy un viejo?, ¿de verdad, de verdad, que no me quieres nada-nada?

No muevo ni el pelito menos británico de una pestaña, pero Miguel me mira y mira y me mira y me mira, luego salta del banco:

De pinga, coño, Almidonado ¡Qué almidonado, coño, eres!

Vuelve el deseo de fumar, retorno a la cocina y de tanto desearlo se produce el milagro. Desahogo mis ansias acumuladas durante horas, con un cigarro enciendo otro y por primera vez en esta casa, en esta sala de Luis Mario, obtengo un poco de sosiego. Me siento en el sofá y el cardo enhiesto en su maceta ya no es un péndulo que haga ir el tiempo al revés sino estilete desprovisto de cualquier entusiasmo fálico: alfiler desmedido, un desproporcionado *stylos* griego. Miguel me dijo alguna vez que se llamaba de ese modo en honor del Arcángel, pero existía cierta ayuda: su

cariño» aunque también existe claro una banda sonora para los días más dramáticos o más aciagos o más infaustos: «*no me grites, que no hay por ello más razón en lo que dices*» o «*vete, vete, vete, márchate y no vuelvas*» como la vez aquella vez de la que no quisiera ni acordarme Julio expulsado de esta casa bajo un arranque de esos míos si te pones a ver por una tonta bobería y cuando luego casi al mes vuelves a tropezártelo ya se encuentra en enredos con *esa mujer* y yo sufriendo y reventando tomando todo tipo de medicamentos hasta antibióticos y antihistamínicos qué te importaba (me importaba) si perdías el pelo ya habías perdido la cabeza a ver si conseguías dormir o hegeliiana y darvinianamente dar un salto mortal aun cuando ahora te parezca algo como para reírse que hoy por nada del mundo saltarías al vacío aunque murieras de tristeza de sufrimiento o de intranquilidad (eso decimos siempre) y en términos de coincidencias con el presente más omnímodo Julio parece algo intranquilo allá dentro del cuarto (los ruidos peculiares de las gavetas de la cómoda al abrirse o cerrarse) seco mis manos en el delantal y me dirijo al dormitorio ¿buscas algo mi amor? deniega con un gesto y aduce sin el menor énfasis solo quería saber dónde tengo mis cosas y se vuelve a acostar y a mirar el programa ya no el letal contra los niños sino otro menos humorístico y aún más letal contra los adultos que yo también suelo mirar por más de que los chistes resulten de tercera o cuarta mano así que vuelvo a la cocina apresuro el fregado y regreso enseguida pero me llama la atención que Julio no conozca dónde encontrar sus pertenencias pues mantengo la casa bajo un orden maniático y no puedo evitar interpretar su comentario a la manera de un reproche: «esta es tu casa y no la mía» esa frase que larga explícita durante los azares de cualquier discusión si esta propasa de las naturales e inevitables disensiones normales en cualquier pareja y es que puestos a ver ¿a qué rincón no tiene acceso Julio dentro de ésta su «no-casa» cuando viene y se

en las películas de abogados y jueces de los años de la corneta) y esto me viene a la cabeza o mejor dicho me ha venido durante todo el día a la cabeza en cada una de las ocasiones en que he ido a abrir el refrigerador de donde extraigo cosas congeladas que me dispongo a cocinar aderezar y presentar como parte del rito casi sacramental del arte de poner la mesa según suele satisfacer a Julio a quien le gusta «con estética» como si fuera la de un restaurant, claro su estética se encuentra al otro extremo de la mía aunque nos hemos arreglado estableciendo un punto medio todavía más kitsch en la medida en que se ufana de no aparentarlo... pero a la mesa y a comer yo sirviéndole a Julio sin escatimar y en cambio poco para mí pues hay que conservar la línea (desde que comencé otra vez con él no he podido evitar aumentar unas cuantas libras) y él se vuelve a servir y yo bromeo oye mi chino que a mí los gordos no me gustan bueno bueno está bien mañana me aguanto la boca no pensarás que lo haga hoy con tantas cosas tan sabrosas cómo podría perderme este banquete despreciarte el banquete este tremendo banquetazo y aun cuando sé que no me sale casi nunca muy bien intento parodiar sus gestos e intento parodiar su voz de modo que sea Patricia la que ponga la cara y que sea Hugo por variar el que eleve una ceja pero en verdad no logro nada no me dieron talento ni para ser yo mismo y Julio se anda muy callado no dice nada en absoluto y me doy cuenta de que la felicidad puede tornarse inexpresiva o impracticable o hasta grotesca porque después de todo somos y estamos siendo tan felices más felices que nunca y mira que somos felices por lo que corro de felicidad a fregar la vajilla (si hay algo que detesto es fregar la vajilla) y toda esa felicidad me transporta a lo lejos a los momentos más espirituosos a lo mejor espirituales de nuestra relación: «yo no sé...» canturrea Julio trago en mano «no sé decirte cómo fue, no sé explicarme qué pasó, pero de ti me enamoré» y yo con otro trago igual respondo acto seguido «te quedarás porque te doy

padre se llamaba Ángel, y su madre (me esfuerzo, aunque no acierto con el nombre) practicaba unos cuantos cultos: Regla de Ocha, Cristianismo Científico y Seguidores de la Luz (Alan Kardec, Madame Blavastki). Cuando le preguntado a este Michel, a ese Michel que duerme ahora a qué portento, contingencia, circunstancia o designio podía deber su nombre, me respondió un poco mordaz: otros se llaman «Micheleski». Yo, por mi parte me remito a ciertas experiencias: la mayoría de los Micheles que he tratado o conozco son hijos onomásticos de Lennon & McCartney o de Michel Legrand. Muchos deben sus nombres a las licencias castellanas para la ortografía de otras lenguas más un poquito de soltura: «Maiquel (Llacson) se escribe así: eme, i, ce, hache, e, y ele, Michel». Y los Migueles, ¿quién da más?, nadie lo adquiere de Cervantes o de Unamuno o de Asturias; dos reivindican un cumplido a sendos bisabuelos cuyos padres quisieron festejar al vetusto cantante del Trío Matamoros, un Miguel Strogoff y siete Mickey Mouses. Hasta un señor de aspecto pulcro, semblante bizantino e ínfulas post soviéticas, muy orgulloso de explicarme: «Por linaje materno, soy descendiente de Miguel VIII Paleólogo, que arrebató Constantinopla al Rey Balduino y, por la vía de mi padre, de Miguel Romanoff, primero de la dinastía, quien reinó como Zar por más de treinta años». Enciendo otro cigarro y observo, distendido, la serpentina neblinosa: sube y dibuja un arco en cuyo extremo más distante una especie de índice señala a un sitio no explorado durante mis andanzas anteriores por los espacios funcionales o ineludibles de la casa. Se trata de la habitación en donde recalara el personaje de Ralf König para librar las evolutas de su casi agresiva danza. No hay muebles, no hay obstáculos que le impidan al cuerpo un empleo coreográfico por más que las paredes limiten el efecto; han sido decoradas con motivos rupestres, con predominio de un *bad painting* y unos motivos *naïf*: hombres con mazas arrastrando mujeres o mamuts, y mujeres hirviendo en cacerolas lo mismo mamuts que

hombres. Y se me ocurre que *il danzante* debió sentirse estimulado más que oprimido en el ambiente de tal antro pictórico: como sucede con lo primitivo, la consigna es directa, agraria, visceral, apelativa y recargada de libidine.

Oigo un gallo cantar y recuerdo que me hallo dentro de las afueras. *I'll get to you some how*, sopla *Michelle* en mis oídos: «de cualquier forma te tendré», *traduttore, tradittore*. Subo a la cama donde todo permanece lo mismo, aunque no tan lo mismo: Michel se ha apoderado de mi espacio anterior y lo desahucio sin remilgos, lo desalojo sin contemplaciones en el espíritu absorbido de los murales cavernícolas del cuarto de la galería *naïf*. Me saco los Caterpillar-Caterpillar y me recreo en la conciencia de irme visualizando, concretizando, materializando como en cierta secuencia en la cual resucitan de un disparo la visibilidad agonizante del Hombre Invisible. Planto mi mano en la cabeza durmiente de Michel, hundo mis dedos en sus greñas de erizo en gel plastificadas, y me complazco en doblegarlas, henderlas, rastrillarlas mientras me froto contra sus espaldas. Cedo el protagonismo a mi otra mano, que asume movimientos de retroexcavadora: hacia detrás, hacia adelante, hacia detrás, hacia delante, en enervada obstinación. Masturbarse se vuelve tan solo un término eufemístico, un tecnicismo, un academicismo: en puridad, me estoy sonando, rallando, requintando, una soberbia y cruenta paja.

I'll get to you somehow, «oye chama, te tengo, aunque sea de este modo» (traducción pelotera, pero no menos empingá[da] en este entorno fulgurante de vocablos intrépidos). Lo de Miguel fue más inicuo, pero también más exitoso: practicó un plan, una estrategia establecida en la destreza de sus ¿qué coño hacía en prejuveniles con diecinueve años cumplidos? Aprovechando esa genética consustancial al deportista, me retó a competir —en este caso y a despecho de recomendaciones deportivas— a ver quién de los dos

cuerpo luce luce no sé no sé cómo calificarlo con las nalgas al aire pero cubierto por delante y no puedo evitar sentir un bienestar una alegría una ternura que me produce un morbo estrepitoso ¿quién supondría al verlo así que es un rudo mecánico de la brigada de Equipos Pesados capaz de trasegar motores y cargar hierros de esos que pesan casi tanto como yo? ¿quién además cuando se expresa en sus normas auténticas no con la jerga del taller porque también lee muchísimo si bien cosas un poco banales y yo siempre le insisto en que por qué no estudias Julio estás desestimando tus capacidades tienes inteligencia natural ¿no me has contado que sacabas muy buenas notas en la secundaria? «¿y para qué voy a estudiar si gano más como mecánico?» esa sería su respuesta pero no la formula claro no la formula porque una vez nos enzarzamos en una gresca formidable (qué gresca ni qué gresca, en una bronca de solar) ¿y para qué voy a estudiar si gano más como mecánico? mírate a ti que has estudiado y qué te aporta qué resuelves yo en tu lugar en vez de libros y de andar siempre por las musarañas me ponía a vender flores o muñequitos de esos que tú haces sin razón ni motivo sin sacarles provecho y me dejaba de tantos remilgos ¡coño! si vives de puro milagro y menos mal que existo yo si no fuera por mí... y ahí se puso a detallar todo el dinero que gastaba todas las cosas que traía para esta puñetera casa que no es la mía a fin de cuentas si no fuera por mi (si no fuera por él) no se podría beber ni un cabrón vaso de agua fría pues quién había comprado la máquina del refrigerador cuando la antigua se carbonizó y quién buscaba toda la comida para poder comer decente carne pollo pescado y hasta langosta y camarones si no fuera por él (si no fuera por mí) y ahí no aguanté más y recogí todas sus ropas y todo lo que estaba dentro del congelador lo envolví todo en una sábana y se lo despaché por la cabeza (Hugo, no pongas esa cara y por favor vamos Patricia, que estoy diciendo la verdad y nada más que la verdad y solamente la verdad igual que

escrúpulos o simplemente que lo quiero me agacho junto a sus rodillas tomo y elevo ante mi cara uno de sus maltrechos pies y le paso la lengua por entre los dedos justo por sobre las membranas blancuzco-purulentas con fetidez de queso Roquefort (por cierto no saben a nada) y él reacciona ojos aguados coño por Dios ¿qué estás haciendo? y luego ríe que como los perros pues claro sí como los perros lamen sus propias infecciones lamen sus propias porque-rías y nunca toman medicinas y ahí le advierto no es así óyeme Julio no siempre es así antes en esta misma cuadra vivía una vecina que atiborraba a su foxterrier con antibióticos y antihistamínicos y se le fue cayendo el pelo a ambos al perro a la vecina y llegó aquel momento quizás de corte darviniano hegeliano dialéctico del gran salto cualitativo incorporaron atributos cambios de géneros y razas ella se convirtió en un viejo calvo y el foxterrier en algo cercano al eslabón perdido entre las nutrias y las ratas ya no se supo bien en qué pero él supone alguna historia (yo solo la he hiperbolizado) una historia de esas que a menudo improviso a veces para entretenerlo y a veces para responderle con ironía o escepticismo cuando me suelta algo increíble o trata de inventarme un cuento un cuento-puro cuento puro cuento para justificarse o excusarse o cuando se conduce de manera engreída o realiza un alarde porque sí es alardoso y también inmodesto pero bueno ¿y qué quieren? así suelo atajar a Patricia y a Hugo las pocas amistades que tengo dentro de la clínica qué quieren qué querían ¿que fuera perfecto? sin embargo esta vez no se insinaron ni ocurrieron juegos eróticos dentro del baño (no es que ello tenga que ocurrir por supuesto todos los días) pero hoy encuentro a Julio raro ensimismado y elusivo y ni siquiera practicante de sus tercas costumbres: inmiscuirse en la cocina calentar la comida o preparar algún manjar de sus propias recetas (la verdad que cocina mucho mejor que yo) tendrían que verlo en delantal encueros pero en delantal puesto como al desgairé sobre el

aguantaba más ron. Fue una jugada de elección: *infield hit*, *fielder's choice* y *squeeze* suicida hacia la goma. Y entonces hizo lo que quiso, aunque no todo lo que pudo, porque no conseguía desprenderse de un lastre, de un recato: Sobrio o narcotizado, despabilado o empuetado, refractario o plegable a sus arrastres voluptuosos, yo no podía dejar de ser Su Almidonado, «Mi Almi», como decía en destemplanzas y ternuras de lengua un poco estropajosa y todavía en un apócope de embriago más diminutivos, pues amorosamente «Mi».

Con tanta oscuridad, difícil de reconocer quién se agita en el lecho. Aun sin andar a mano, Michel tendría en su descargo su voluntad al cabo de su veleidad: no se iría a desdecir desprestigiando su rechazo por concederse a un simple instinto, a un episodio, si se quiere, de índole impersonal y por lo mismo, dado el caso, sin suficientes incentivos. Pero, ¿y al otro extremo? ¿Luis Mario habría despertado? ¿Y en tal albur cómo actuaría, qué reacción asumiría? ¿Ignorar, espiar, disfrutar del placer de repetirme en el amparo de tinieblas del cuarto o entronizar, por el contrario, a un anfitrión pundonoroso, capaz de hallarme en desacato, en sacrilegio, en desafío, en acto avieso y ominoso a la conciencia de estimarse bajo un abuso de confianza? Detengo el ritmo de mi mano e intento ver en lo insondable: no alcanzo a advertir nada. Podría tratarse, desde luego, de una ilusión de los sentidos, del espejismo de un temor, del sigiloso repuntar de un rimero de culpas, pero así mismo de los ecos de un reclamo más cínico, del deseo subversivo de compartir mi intimidad, de mi apetencia por un cómplice, del vacío de no hallarlo y en el fondo, latente, de un rencor dirigido contra quien, por efecto de una resolución inesperada, me obliga al ejercicio de sucedáneo tan mezquino.

Pero amorosamente «Mi».

En cuanto me despierto, comprendo que Miguel hace bastante rato se encuentra en pie de guerra. Viste uniforme de una serie

jugada años atrás y en la cual, desde luego, no pude haber participado. No trata de besarme, me pregunta tan solo: ¿quieres desayunar? Me visto y salgo de su casa, cuidando de hacer ostensible algo que pueda confundirse con menosprecio y dignidad aun cuando disfrutando en lo más íntimo de su conducta pusilánime bajo la férula de mi poder, pero.

Un sucedáneo tan mezquino.

Escapo de la cama, me repantigo en el sofá y recupero el ritmo de mi mano. O mejor, lo acelero como si hubiera de ajustarse a un intervalo que se precipita hacia el punto final. Un instante después, algunas gotas sobreactuadas rebasan la represa que ejerzo con mis dedos y en abanico de parábolas van a parar al cardo enhiesto.

Óyeme, Almidonado, me intercepta Miguel poco antes del comienzo del partido: olvida, por favor, lo que ocurrió las otras noches. Pero en el juego rechinó par de tablazos contra el muro y luego lo sobrevoló: sendos jonrones por el Center a más de 400 pies y los dos con las bases llenas. En la cocina falta el agua y me enjuago las manos con los residuos que quedaron dentro de unas botellas. Pienso si no estaré dilapidando las reservas domésticas. Mis espermatozoides, clones ávidos, no decididos a generación y por ello, quién sabe, quizás más dentro del espíritu de la más verdadera entrega, también se van por el tragante.

Y al final, tras un cierre por *knock out* en el séptimo, fui yo quien se acercó a Miguel. Lo besé de verdad: un besazo en la boca. Todo el equipo deliraba, aullaba, se desgañitaba, se apretujaba en el terreno y nadie se escandalizó: todo ocurría en el embrujo de un hermético score que pasó a ser el mismísimo cielo abierto.

Al menos para mí, *Michelle* posee un aura idéntica de acceso celestial, de mismísimo cielo abierto. La letra puede ser tonta, banal, torpe y adolescente, pero quizás, gracias a ello, te suministra aquella imagen de intelectual rusticidad que corresponde con las normas de

obligando con sus muslos a separar aún más mis piernas porque va en busca de otra pieza cuyo tamaño es imposible de determinar y la va abriendo poco a poco con la constancia de su empeño y las lubricidades del jabón que me provoca una ardentía nada para gritar más bien se integra en el concierto trastrocando su espíritu y tributando a mi placer pero me doy cuenta que Julio una vez que consiguiera ensartarme hasta el tuétano se despreocupa de mi *chakra* quiero decir mi *chakra puerco* quizás no tenga que estar tan abierto como mi dilatado *chakra negro* para adentrarse a recibir carretonadas de energía una energía detergente pienso con consistencia higiénica lo pienso así como a retazos con pespunteada intermitencia bajo esa extraña autonomía la ingravidez desconectada de ciertos pensamientos esos que irrumpen sin raíces sin conexiones manifiestas con la inmediata realidad porque en rigor lo más coherente sería pensar cosas como estas: coño, qué rico tiembla mi marido o qué gusto me doy y se está dando el muy singón pero lo cierto es que tal vez una expresión de cercanía capaz de establecer correspondencia entre los hechos y la mente venga a volverse redundante y atenúe el efecto mientras que las que no son tan cercanas te desautomatizan con lo que impiden se saturen de percepciones tus sentidos y en consecuencia paladees un goce mucho más tremendo: tremenda coño es la venida que se ha mandado Julio y mira cómo se estremece por suerte sé sincronizarme y me ubico en un clímax casi simultáneo y respiramos y jadeamos y acto seguido empiezo a asearlo a hacer espuma a enjabonarlo (los pies que se los enjabone él) y él se queda tranquilo como inefable corderito nada del sátiro sin frenos de la acción anterior y luego nos secamos con la misma toalla (por descontado no sus pies esos con la toalla chiquitica) y ha dicho que le tengo escrúpulos y ha dicho que le tengo asco y ha dicho si ya no lo quiero y para demostrarle (demostrarme) no sé qué cosa entre estas tres si soy de estirpe masoquista o carente de

siempre te encuentras en una situación ajena o de repente te trasladan a otras no muy sincronizadas como ahora mismo me sucede porque en lugar de estar pensando en cuestiones como esas debería preocuparme porque la tele está muy alta se encuentra demasiado alta se oye aquí en la cocina a pesar de que median el baño y el último cuarto suena tan alto tan hiriente que no me deja ni escuchar el cuchicheo de la hornilla el siseo de la llama de gas de la cocina sobre la que caliento el agua a Julio y como me doy cuenta de que bulle retiro el jarro lo traslado a donde está el cubo en el baño y en el momento de doblarme para verter el contenido siento a Julio curvarse sobre mis espaldas enlazarme apretarme atenazarme la cintura y he estado a punto de quemarlo o de quemarme o de quemarnos con las salpicaduras: claro, no había podido percibirlo porque vino descalzo y por supuesto que desnudo y por supuesto que excitado y por supuesto que comienza a restregarse contra mí mientras recuerdo que mi short el short que llevo es el mejor y para colmo color blanco y Julio viene del taller sucio y sudado como es lógico y con las manos renegridas de los trajines de la grasa a pesar del petróleo o de la gasolina con que seguro se las enjuagó así que el short mi pobre short le digo déjame quitármelo y ya de paso lo de arriba porque sé distinguir lo concurrente de lo inevitable en especial si como ahora disfruto de la sensación de ser sexual hipersexual sexualizante irresistible pues si no había reaccionado en un primer momento de sorpresa ahora sí se han revuelto todas mis hormonas y me concibo en arrebatos que corresponde a ese de Julio pegándome bien lujurioso su rabo tieso por atrás y al mismo tiempo enjabonándose aun cuando sabe que ya me he bañado pero él aduce sus razones dice que el sitio que enjabona nunca se alcanza a limpiar bien porque las manos no te llegan es una zona de la espalda cuyo tamaño no propasa el de una pieza de cinco centavos que yo bautizo «el chakra puerco» y mientras sigue en ese punto me ha ido

una pasión de índole auténtica. Y tampoco la música, aun cuando se vislumbra mucho mejor elaborada, alcanza a ser nada especial, del otro mundo. No obstante, siento que el engarce de esos dos ministerios en el lecho de un núcleo, de un sustrato magnético que atrae sobre sí un universo de constantes y renovadas perspectivas, le concede a *Michelle* un influjo capaz de engendrar resonancias veinte y cinco años luego.

Comienza a amanecer y me aproximo a una ventana. Veo salir el sol y cuando empieza a alzarse el día —luz, clamoreos, olores emergentes de algún hogar vecino donde están preparando un desayuno y ese rumor de fondo que indica la incorporación de un grupo de despabilados más numeroso cada vez a sus actividades de rutina— me acomodo de nuevo en el sofá y tomo la guitarra. No sé por cuanto tiempo permanezco ensayando, aunque ejecuto sotto voce, tanto que hasta a mí mismo me cuesta percibirme; sin embargo, Michel sale del cuarto, greñas de erizos masacrados, sin gel, descongeladas, cayéndoles sobre la frente.

¿Tú te levantas tan temprano?

No me levanto, no he dormido.

¿De verdad no has dormido?

No.

Quedamos contemplándonos en un silencio altisonante. Sé que lo sabe todo. Sé también lo que piensa y sé que sabe de algún modo lo que a mi vez estoy pensando. Arrastro su mirada, puesta en la mía, hacia la puerta y dice ah sí, enseguida. Retorna al cuarto y cuando vuelve, trae el manojito de llaves de Luis Mario, pero.

Terrible no poder dormir, sentencia mientras busca y luego inserta una de ellas en la ranura del cerrojo.

Pues tiene sus compensaciones, miento.

¿Cuáles?, dice y su voz, más candorosa que descreída, me hace pensar que su estrategia fue tan inconsistente e insensata

como la mía con Miguel cuando gozaba de la sensación de tenerlo en un puño.

Pues ver salir el sol.

Un retintín de bronce escapa de la cerradura. Lo escucho distraído, pero al instante reacciono: ¿no podría ser la nota, la nota escurridiza que he estado procurando, vuelto loco buscando, de manera consciente o por lo bajo para mi caprichoso *acorde de trece*? Siento la tentación de comprobarlo, guitarra en mano y al momento, pero se abre la puerta, salgo y ni me despido, me voy, escape de una vez.

Después me he sorprendido preguntándome por qué tal precipitación y tal descortesía, tal acendrada falta de control. Pulso el *acorde de trece*, que constituye un desafuero, una pequeña rebelión, un respiro ante el régimen de las claves armónicas. Tengo montada ya la pieza y solo fallo en las modulaciones de los compases con que cierra. Deben ser menos resentidas y dejar una puerta alternativa a la esperanza, a la continuidad más improbable en el espíritu que ronda por toda la canción y en especial por esa frase, esa última proclama que parece encubrir, pero a la vez reverenciar también alguna escamoteada despedida: *I will say the only word that know that you'll understand*, «te diré la palabra, la única palabra que sé que alguna vez entenderás» y *traduttore, tradittore, my Michelle*. ■

La cabeza (la cabeza) y los pies (los pies)

Pues cuando Julio llega del trabajo saluda siempre corazón o amor mi amor cómo te ha ido ¿no me extrañaste un poquitico? y me entran ganas de besarlo y no sé cuánto dura el beso segundos o milenios nunca se alcanza a definirlo pero ¿te importaría definirlo pudieras de algún modo definirlo? y luego vamos para el cuarto (le explico a Hugo y a Patricia) donde tenemos el televisor y consiento en que Julio la prenda y vea esos programas esos bodrios tramados al parecer contra los niños mientras se saca el par de botas y se sienta en la cama atento más a sus urticaciones que a las continuas payasadas en la pantalla de la tele porque tiene unos hongos unas llagas blancuzcas blandas y purulentas entre los dedos de los pies con un olor un poco fétido si les acercas el olfato o a puro queso Roquefort a esta distancia por ejemplo justo el olor que ya se expande por la habitación y alcanza el sitio donde me hallo observando mirando cómo se rasca cómo hurga y extirpa extintos pellejitos y se frota furioso con expresión como de autista que me recuerda las que alcanza en el segundo del orgasmo en el momento de la petite mort (como dirían los franceses) solo que entonces luce tenso y luce agónico y desamparado parece que se va a morir que se muere de veras los ojos espantadamente abiertos pero los cierra de un espasmo y cuando luego vuelve a abrirlos tienen pupilas de recién nacido algo que me hace preguntarme si yo también recién nací como ahora mismo me pregunto por qué es que estoy pensando en ello no es que no quiera no pensarlo es que me intriga la espontaneidad mucho peor la gratuidad la ingravidez desconectada de ciertos pensamientos la independencia con respecto a los momentos en que surgen casi